

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO Á DOMICILIO.

Un mes	4 rs.
Tres meses	10
Seis meses	20
Un año	38

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE

Un año 48 rs.
Con la facilidad de efectuar el pago en una, dos, tres ó cuatro veces, anticipado.



En medio de los combatientes saltaba Antinahuel como un tigre..... (Pág. 180, columna 1.ª).

ADVERTENCIA.

Entre varios pensamientos que tiene adoptados la empresa de LA LECTURA PARA TODOS, con el objeto de proporcionar á sus lectores ventajas hasta aquí no vistas, es el de facilitarles ciertas obras de reconocido mérito á un precio ínfimo, con un 50 por 100 de rebaja. Una de ellas es la titulada *Misterios de Filipinas*, novela original de D. Antonio García del Canto (2 tomos en 4.º, 6 láminas); la que, en vez de 50 rs., se dará por 25 á los suscritores de LA LECTURA en Madrid, y por 29 en provincias, franca de porte. — Es de advertir que restan pocos ejemplares de la edicion.

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URBACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 64).

Al fin llegaron con mil trabajos á la entrada de una gruta natural, donde consiguieron hacer entrar á los nobles animales.

Les dieron abundante forraje, y luego taparon la entrada de la gruta por medio de abultadas piedras, entre las cuales practicaron tan solo una abertura angosta para dejar que pasase el aire y penetrase un poco de luz.

Concluido este trabajo, Curumilla se volvió hácia sus compañeros y dijo :

—Partamos.

Volvieron á echarse sus carabinas al hombro y se pusieron resueltamente en marcha.

—Desde el sitio que abandonaban ya no existía sendero trazado, y se veían obligados á subir agarrándose á las raíces y á las ramas de los árboles, ó á las yerbas, manteniéndose continuamente en equilibrio á fuerza de puños.

Aquella ascension no solo se hallaba erizada de dificultades innumerables, sino que era tambien escesivamente peligrosa, y sobre todo en estremo cansada. El menor paso dado en falso, una posicion mala ó insegura, un movimiento mal calculado, bastaban para precipitarlos en el abismo de una profundidad insondable, á cuyo fondo no hubieran llegado sino despedazados, porque trepaban por un sitio casi perpendicular, arrastrándose como reptiles á lo largo de la escarpada falda de la montaña y asegurándose con los piés y las manos.

En cuanto á Curumilla, subia con una facili-

dad y una ligereza que llenaba de admiración á sus compañeros, y que en el fondo de su corazón no podían menos de envidiar.

Alguna vez se volvía para animarlos ó tenderles la mano.

Al cabo de cinco cuartos de hora de aquella ascension peligrosa, el Ulmen se detuvo y dijo:

—Aquí es.

Los tres hombres habían llegado á la cumbre de un pico elevado, desde cuya altura se desarrollaba ante su vista un panorama magnífico y espléndido.

LV.

ANTES DEL COMBATE.

Al poner los piés en la plataforma que terminaba la montaña, D. Gregorio y el conde cayeron abrumados de cansancio.

Curumilla les dejó que tomasen aliento, y luego, cuando vió que se hallaban algo repuestos del cansancio que experimentaban, les invitó á que mirasen en torno suyo.

Los dos hombres se volvieron.

El espectáculo que se ofrecía ante su vista los llenó de sorpresa y de admiración.

Tenían á sus piés el cañon del Rio Seco con sus imponentes masas graníticas y sus espesos y verdes jarales.

Nada revelaba en el desfiladero la presencia del hombre, y parecía que reinaba en él la soledad serena y majestuosa del desierto.

Algo á la izquierda, los torbellinos de polvo de cuyo seno salían de vez en cuando masas negras y animadas, señalaban las dos tropas que, á una distancia considerable una de otra, continuaban su camino; á lo lejos, bajo el azulado horizonte, la mar trazaba una línea oscura que se confundía con el cielo.

—¡Oh! exclamó Luis entusiasmado, qué hermoso es esto!

D. Tadeo, acostumbrado desde su infancia á ver aquellos panoramas sublimes, solo fijaba una mirada distraída y negligente en aquella perspectiva magnífica; su frente permanecía pensativa, y sus ojos tristes y velados.

El Rey de las Tinieblas pensaba en su hija, en su hija querida, á quien pensaba libertar muy pronto; calculaba con angustia los minutos que aun habían de trascurrir antes de que pudiese recuperar y estrechar entre sus brazos á la que lo era todo para él.

¡Oh! por mas que han dicho los detractores de la familia, el amor paternal es realmente un sentimiento divino, cuyo germen ha depositado el Ser Supremo en el corazón del hombre para degenerarle y dar un objeto á su vida, imprimiéndole el valor necesario para la lucha incesante que cada día sostiene solo para labrar la felicidad de sus hijos, y que sin ellos no sería mas que una investigación mezquina de los goces físicos, sin interés y sin importancia; pero el amor paternal ennoblece, y un beso de la inocente criatura, único ser por el cual se obstina el padre, le paga con usura, haciéndole olvidar todos los desconsuelos y todas las decepciones!

—¿Nos vamos á quedar en este sitio? preguntó D. Tadeo.

—Durante algunos instantes, contestó Curumilla.

—¿Cómo llama V. á este sitio? dijo el conde con curiosidad.

—Es el pico que los rostros pálidos denominan el Corcovado, replicó el Ulmen.

—¿El mismo en el que ha convenido V. en encender la hoguera de señal?

—Sí, apresurémonos á prepararla.

Los tres hombres reunieron leña seca, de la que había gran cantidad desparramada por allí, y en el punto mas avanzado de la montaña prepararon una hoguera inmensa.

—Ahora, repuso Curumilla, descansen VV. un poco, y sobre todo no se muevan hasta mi regreso.

—¿Pues á dónde va V., jefe? preguntó el conde.

—A comenzar nuestro plan de ataque.

Curumilla, sin entrar en mas pormenores, se lanzó á la áspera pendiente de la montaña, en donde desapareció casi instantáneamente en medio de los árboles.

Los dos amigos se sentaron junto á la hoguera y aguardaron el regreso del Ulmen, sumidos en sus meditaciones.

La tropa mandada por Juan se acercaba al desfiladero, aparentando todos los movimientos de una tropa india.

Muy luego se encontró á menos de un tiro de fusil del cañon del Rio Seco.

—Antinahuel la había visto; hacia mucho tiempo ya que vigilaba sus movimientos.

No obstante su astucia, el Toqui no sospechó ni un solo instante que aquello fuese un lazo. Se creía muy seguro de que los españoles ignoraban la emboscada que les había tendido.

¿Quién podía haberles avisado? La presencia de Juan á la cabeza de aquella tropa, á quien había conocido desde la primera ojeada, acababa de tranquilizarle é inspirarle la mas completa confianza.

Supuso, lo cual era por demás probable, que aquellos indios se habrían retrasado, que por razon de la lejanía de su campamento no habían sido avisados á tiempo por los emisarios del viceroy, y que se apresuraban á reunirse con sus compañeros.

El Ciervo Negro, por su parte y con no menos razon, pensó que Antinahuel, al trasladarse al cañon del Rio Seco despues de su entrevista, habría mandado avisar á los que llegaban.

Así, pues, todo conspiraba para sepultar á los dos jefes en el mas completo error.

Juan seguía avanzando con la misma audacia, solo que á medida que se acercaba al desfiladero, por una maniobra convenida entre él y los españoles, hostigaba á su caballo de tal modo, que á la entrada del cañon del Rio Seco distaba ya unos sesenta pasos de la tropa.

Se internó en el desfiladero sin manifestar la menor vacilación.

Apenas hubo andado unos diez pasos, cuando un indio, saliendo de un matorral espeso, saltó ligeramente al suelo enfrente de él.

El indio era el mismo Antinahuel.

Juan se estremeció levemente al ver al jefe tan temido de todos; pero su rostro permaneció impassible.

—Muy tarde llega mi hijo, exclamó el Toqui dirigiéndole una mirada torva.

—Perdóneme mi padre, contestó Juan respe-

tuosamente; no me han avisado hasta esta noche, y mi toldería dista bastante de aquí.

—Bueno, repuso el jefe; sé que mi hijo es prudente. ¿Cuántas lanzas trae consigo?

—Guaranca (mil).

Como se ve, Juan duplicaba atrevidamente el número de sus soldados; pero en esto no había mas que seguir las instrucciones de Curumilla.

—¡Oh! oh! dijo el Toqui con alegría; se puede venir tarde cuando se trae una tropa tan numerosa.

—Mi padre sabe que le soy adicto, contestó el indio hipócritamente.

—Lo sé; mi hijo es un guerrero valiente. ¿Ha visto á los huincas?

—Los he visto.

—¿Están lejos?

—Como una legua. Dentro de *isthenalliaganta* (menos de una hora) estarán aquí.

—No podemos perder un instante; mi hijo se emboscará á cada lado del cañon del Rio Seco, inmediato al cacto quemado.

—Bueno; así se hará, confíe mi padre en mí.

En aquel momento apareció la tropa de los fingidos indios en la entrada del desfiladero, en el que entró resueltamente á ejemplo de su jefe.

El momento era crítico. La menor vacilación por parte de los españoles podía causar la pérdida de todos descubriendo la impostura.

—Camine de prisa mi hijo, dijo Antinahuel.

Y se volvió al sitio que ocupaba.

Juan y sus hombres partieron al galope. Estaban en aquel momento vigilados por mil ó mil quinientos vijias invisibles, que al menor recelo al mas pequeño gesto sospechoso, los hubieran asesinado sin remision.

Era preciso tener estremada prudencia. Juan despues de haber mandado á su gente que echase pié á tierra y ocultasen los caballos á retaguardia en un recodo natural formado por el lecho del rio, la distribuyó con la mayor serenidad y con una desenvoltura capaz de destruir por completo todas las sospechas en el ánimo del jefe, si por casualidad las hubiese tenido.

Diez minutos despues, el desfiladero parecía estar tan solitario como antes.

Apenas hubo dado Juan algunos pasos por entre los matorrales, con el fin de reconocer las inmediaciones del puesto que ocupaba, cuando se apoyó una mano en su hombro.

Se volvió estremeciéndose.

Curumilla estaba delante de él.

—¡Bueno! murmuró este con voz tan baja como un soplo; mi hijo es leal; que me siga con su gente.

Juan hizo un gesto de asentimiento.

Entonces, con precauciones extraordinarias guardando el mayor silencio, trescientos hombres, comenzaron á escalar las rocas en seguimiento del Ulmen.

Curumilla los distribuyó en varias direcciones, de modo que estableció una doble línea de soldados que formaban un ancho círculo en torno del puesto que Antinahuel había escogido para vivac de la parte mas escogida de su tropa.

Le fué tanto mas fácil ejecutar esta maniobra, cuanto que, lo repetimos, el Toqui no tenía ni podía tener sospecha alguna, y lejos de vigilar lo que pasaba en torno suyo, seguía atentamente con la vista el destacamento de D. Gregorio, que

comenzaba á aparecer á lo lejos en la llanura. Los trescientos soldados de Juan, que habian escalado la muralla del desfiladero, por la parte opuesta del cañon del Rio Seco, se habian dividido en dos fracciones.

La primera ocupó una posicion encima del Ciervo Negro, y la segunda, compuesta de cien hombres, se habia formado en masa á retaguardia, dispuesta, si la necesidad lo exigia, á dar una carga y tomar al enemigo de flanco.

Tan luego como Curumilla hubo hecho preparar la maniobra que acabamos de describir, se separó de Juan y se reunió con sus compañeros, que le aguardaban en la cúspide del Corcovado.

—¡Gracias á Dios! exclamaron al verle aparecer.

—Comenzaba á temer que le hubiese sucedido alguna desgracia, jefe, le dijo el conde.

Curumilla se sonrió.

—Todo está dispuesto, dijo, y los rostros pálidos podrán penetrar en el desfiladero cuando quieran.

—¿Cree V. que su plan obtendrá buen éxito? preguntó D. Tadeo con inquietud.

—Así lo espero, contestó el indio; pero solo Pillian puede saber lo que sucederá.

—Es verdad. ¿Qué vamos á hacer ahora?

—A encender el fuego, y á marcharnos.

—¿Cómo á marcharnos? ¿Y nuestros amigos?

—No nos necesitan. Tan luego como esté encendido el fuego, iremos en busca de la jóven.

—¡Dios quiera que podamos salvarla!

—Pillian es omnipotente, exclamó Curumilla sacando su mechero y echando lumbre.

—¡Oh! la salvaremos! es preciso! exclamó el jóven con exaltacion.

Curumilla, despues de haber encendido un pedazo de trapo seco que le servia de yesca encerrado en una caja de asta, reunió con sus piés algunas hojas secas, puso el trapo encima y sopló con toda su fuerza.

Las hojas, medio calcinadas por los rayos del sol, tardaron muy poco en encenderse.

Curumilla echó otras encima y añadió algunas ramas de leña seca, á las cuales se prendió el fuego casi inmediatamente. El jefe colocó entonces otras ramas sobre la hoguera, y el fuego, avivado por la brisa, que en aquella altura soplaba con violencia, se comunicó con rapidez al resto de la leña, y muy luego una espesa columna de llamas subia formando remolinos hácia el cielo.

—¡Bueno! dijo Curumilla á sus compañeros, que como él miraban á la llanura; han visto la señal. Podemos marchar.

—Partamos, pues, sin tardanza, exclamó el conde con impaciencia.

—Vamos allá, dijo D. Tadeo.

Los tres hombres se internaron en la inmensa selva virgen que cubria la cúspide de la montaña, dejando en pos de sí la hoguera, sin su señal de matanza y de destruccion.

En la llanura, D. Gregorio Peralta, temiendo avanzar demasiado antes de saber positivamente á qué atenerse, habia dado á su tropa la órden de hacer alto.

No se le ocultaban los peligros de su posicion; sabia que tenia que arrostrar un ataque furibundo, y por lo tanto queria poner de su parte todas las probabilidades posibles de triunfo, para que si sucumbia en el combate que esta-

ba á punto de sostener, su honra quedara á salvo y su memoria sin tacha.

—¡General! dijo dirigiéndose á Cornejo que así como el senador, estaba cerca de él, es V. un guerrero valiente, un soldado intrépido, y por lo tanto no le ocultaré que nos hallamos en una situacion erizada de peligros.

—¡Oh! oh! dijo el general retorciéndose el bigote y lanzando una mirada burlona á D. Ramon, quien al oír aquel anuncio se habia puesto muy pálido; esplíqueme V. eso, D. Gregorio.

—¡Pardiez! contestó este, la cosa es muy sencilla; los indios están emboscados en el desfiladero para disputarnos el paso.

—¡Diablo! miren los mozos! Pues entonces nos van á asesinar, dijo el general sin perder su serenidad.

—¡Es una emboscada espantosa! exclamó el senador aterrado.

—¡Cáspita! que si es una emboscada! repuso el general, ya lo creo. Los detalles, añadió con una sonrisa burlona, podrá V. saberlos dentro de un momento; luego me dirá V. lo que es bueno, si, lo que es poco probable, logra V. escaparse.

—¡Pero yo no quiero ir á meterme de cabeza en esa guarida espantosa! exclamó D. Ramon fuera de sí y lleno de terror; yo no soy soldado!

—¡Bah! se batirá V. como aficionado, lo cual será muy hermoso de su parte, puesto que no tiene V. esa costumbre.

—Caballero, dijo friamente D. Gregorio, tanto peor para V.; si se hubiera quedado tranquilamente en Santiago, como era su deber, no se encontraría V. en esta alternativa.

—Es verdad, querido amigo, dijo el general riendo y apoyando á D. Gregorio. ¿Por qué á V., que es tan cobarde como una liebre, se le ocurre meterse en cuestiones de política militar?

El senador no contestó á este duro apóstrofe. Estaba atontado por el miedo, y se figuraba ya muerto.

—Suceda lo que quiera, ¿puedo contar con V., general? repuso D. Gregorio.

—Solo puedo prometer una cosa, replicó con nobleza el viejo soldado, y es no regatear mi vida, y llegado el caso, morir valerosamente. En cuanto á este cobarde, añadió designando á don Ramon, no se cuide V. de él, que yo me encargo de hacerle ejecutar prodigios de valor.

Al oír esta amenaza, el desgraciado senador sintió que un sudor frio inundaba todo su cuerpo.

Una alta columna de humo brilló en la cúspide del Corcovado.

—¡Ya no hay que vacilar. ¡Caballeros! exclamó resueltamente D. Gregorio; adelante, y Dios proteja á Chile!

—¡Adelante! repitió el general desenvainando su espada.

La tropa partió en direccion al desfiladero.

LVI.

EL PASO DEL DESFILADERO.

En este intermedio, algunas palabras pronunciadas en el desfiladero entre Antinahuel y la Linda, llenaban de inquietud al Toquí, haciéndole temer vagamente una traicion.

Despues de haber reconocido á los indios que

llegaban, ó al menos de haber conferenciado con su jefe, Antinahuel regresó á su puesto.

—¿Qué hay? le preguntó doña María, quien habia observado con la mirada atenta todos los movimientos del jefe.

—Nada de particular, contestó este con indiferencia; un auxilio algo tardío con el cual no contaba, y sin el que hubiera podido pasarme fácilmente, pero que no por eso es menos bien venido.

—¡Dios mio! dijo doña María, acaso me haya engañado una semejanza dudosa, y si el hombre á quien me refiero, no se hallase á mas de cuarenta leguas de aquí, afirmaria que él es quien manda esa tropa.

—Esplíquese mi hermana, dijo Antinahuel.

—Dígame V. primero, jefe, repuso la Linda con emocion, el nombre del guerrero con quien ha hablado V.

—Es el de un valiente, replicó con altivez el Toquí; se llama Juan.

—¡Es imposible! Juan se halla en este momento á mas de cuarenta leguas de aquí, detenido por su amor hácia una mujer blanca, exclamó la Linda con vehemencia.

—Mi hermana se equivoca, puesto que hace algunos minutos que acabo de conversar con él.

—¡Entonces es un traidor! replicó la Linda con viveza. Yo le habia encargado que robase á la jóven pálida, y el indio que me envió en su lugar, me ha referido ese cuento, al cual he dado crédito.

La frente del jefe se tornó pensativa.

—En efecto, dijo, esto comienza á enredarse; ¿me harán traicion? continuó diciendo con voz sorda.

E hizo un gesto como para alejarse.

—¿Qué quiere V. hacer? le preguntó la Linda deteniéndole.

—Pedir cuenta á Juan de su conducta singular.

—Es demasiado tarde, repuso la Linda designándole con el dedo á los chilenos, cuyas primeras filas aparecian entonces en la boca del desfiladero.

—¡Oh! exclamó Antinahuel con una rabia concentrada, desgraciado de él si es un traidor!

—Vamos, ya no es tiempo de recriminaciones; es preciso batirse.

La cortesana tenia en aquel momento en el semblante una espresion que desterró del corazon del jefe araucano todo pensamiento que no fuese el de la lucha que iba á sostener.

—Si, contestó con vehemencia, vamos á pelear; despues de la victoria nos ocuparemos en buscar á los traidores.

Lanzó su grito de guerra con voz retumbante.

Los indios le contestaron con aullidos de furor que helaron de espanto al senador D. Ramon Sandias.

El plan de los araucanos era en extremo sencillo. Dejar á los españoles internarse en el desfiladero, y luego atacarlos á la vez por vanguardia y retaguardia, mientras que los guerreros emboscados en los flancos, hiciesen caer sobre ellos trozos enormes de roca.

Una parte de los indios se habia arrojado valerosamente á vanguardia y retaguardia de los españoles con la intencion de cerrarles el paso.

Antinahuel se levantó y escitando á sus guer-

rereros con el gesto y la voz, hizo rodar una piedra enorme en medio de los enemigos.

De pronto una granizada de balas fué á llover sobre su tropa, y en derredor del puesto que ocupaba se mostraron, cual siniestros fantasmas, los indios fingidos de Juan, quienes le cargaron resueltamente á los gritos de

—¡Chile! Chile!

—¡Nos han hecho traicion! dijo Antinahuel lanzando un aullido. ¡Mata! mata!

En el barranco y en las faldas de las dos montañas que le encerraban, comenzó una pelea terrible.

Durante una hora la lucha fué un caos. El humo y el ruido lo envolvían todo.

El desfiladero estaba lleno de una masa de combatientes que iban y venían, se retiraban para volver á atacar, se tropezaban, se empujaban con gritos de rabia, de dolor ó de victoria.

Algunos ginetes cargaban á rienda suelta; otros corrían á galope como desesperados en medio de los infantes asustados.

Trozos de roca lanzados desde lo alto de las montañas iban saltando hasta en medio de los combatientes, aplastando indistintamente á amigos y enemigos.

Algunos indios y chilenos, derribados del elevado puesto que ocupaban, se hacían pedazos en los guijarros del camino.

Los araucanos no retrocedían una pulgada; los chilenos no avanzaban un paso.

La pelea ondulaba como las olas del mar en medio de una borrasca.

La tierra estaba enrojecida por la sangre.

Aquellos hombres, enfurecidos por la lucha encarnizada, estaban ébrios de rabia y blandían sus armas con gritos de reto y de cólera.

En medio de los combatientes saltaba Antinahuel como un tigre, derribando todos los obstáculos y llevando de nuevo incesantemente á la carga á aquellos de sus compañeros á quienes desalentaba la resistencia desesperada de sus enemigos.

Chilenos é indios eran alternativamente vencedores y vencidos, sitiados y sitiadores.

El combate había adquirido las proporciones grandiosas de una epopeya. No era ya una lucha sujeta á reglas, en la que la táctica y la habilidad podían suplir al número, sino que era un desafío inmenso en el que cada cual buscaba á su adversario con el fin de batirse cuerpo á cuerpo.

Antinahuel, lleno de rabia, arrojaba espuma por la boca, y se consumía en vanos esfuerzos para romper aquella red de hierro que sus enemigos habían formado en torno suyo; círculo que se estrechaba incesantemente y á cada instante le amenazaba más y más. Obligado á defenderse contra los soldados chilenos que se habían apostado más arriba, se hallaba reducido al último extremo.

En el desfiladero, los ginetes españoles habían vuelto frente á vanguardia y retaguardia, y daban cargas terribles á los indios que los hostigaban.

Al fin, Antinahuel, por medio de un esfuerzo supremo, logró romper las estrechas filas de los enemigos que lo envolvían, y se precipitó en el desfiladero, seguido de sus guerreros, volteando por encima de su cabeza su pesada hacha de combate.

El Ciervo Negro logró verificar el mismo movimiento.

Pero los ginetes chilenos de Juan, emboscados á retaguardia, se precipitaron desde el accidente del terreno que los ocultaba, y con grandes gritos y destrozándolo todo á sablazos por delante de ellos, fueron á aumentar más aun la confusión.

La Linda seguía paso á paso á Antinahuel, con los ojos brillantes, los labios oprimidos y olfateando como una fiera la sangre.

D. Gregorio y el general Cornejo hacían prodigios de valor. Bajo sus sables, los indios caían como frutas maduras bajo la vara que las sacude.

Aquella carnicería horrible no podía durar ya mucho tiempo. Los muertos se amontonaban bajo los pies de los caballos y les hacían tropezar; los brazos se cansaban á fuerza de dar tantos golpes.

—¡Adelante! adelante! gritaba D. Gregorio con voz de trueno.

—¡Chile! Chile! repetía el general derribando un hombre de cada golpe.

D. Ramon, más muerto que vivo, á quien parecía que la vista de la sangre había vuelto loco, se batía como un demonio; volteaba su sable, aplastaba con el pecho de su caballo á los que se le acercaban demasiado, y lanzaba gritos inarticulados, agitándose como un energúmeno.

Entre tanto, D. Pancho Bustamante, causa de aquella carnicería, y que hasta entonces había permanecido espectador impassible de cuanto pasaba en torno suyo, se apoderó bruscamente del sable de uno de los soldados encargados de vigilarle, obligó á su caballo á dar un salto, y se precipitó hácia adelante gritando con voz terrible:

—¡A mí! á mí!

A aquel llamamiento contestaron los araucanos con aullidos de júbilo y se precipitaron hácia él.

—¡Oh! oh! exclamó una voz sombría, aun no está V. libre D. Pancho.

El general Bustamante se volvió. Estaba frente á frente con el general Cornejo, quien había obligado á su caballo á saltar por encima de un montón de cadáveres.

Los dos hombres después de haber cambiado entre sí una mirada de odio, se precipitaron al encuentro uno de otro con el sable levantado.

El choque fué terrible; los caballos cayeron; D. Pancho había recibido una herida leve en la cabeza, y el general Cornejo tenía el brazo atravesado por el arma de su adversario.

—D. Pancho se puso en pié de un salto; el general Cornejo quiso hacer otro tanto, pero de improviso una rodilla se apoyó pesadamente sobre su pecho y le obligó á caer al suelo.

—¡Pancho! Pancho! exclamó con una risa sátnica doña María; porque ella era, mira cómo mato á tus enemigos.

Y con un movimiento más rápido que el pensamiento sepultó su puñal en el corazón del general.

Este fijó en ella una mirada de desprecio, lanzó un suspiro y no volvió á moverse.

Estaba muerto.

D. Pancho no había oído la voz de la cortesana y se defendía valerosamente contra los numerosos enemigos que le atacaban por todos lados á la vez.

D. Ramon parecía que había adquirido valor en la intensidad misma de su terror.

Las eventualidades del combate acababan de llevarle á dos pasos de doña María en el momento en que esta daba de puñaladas tan friamente al general Cornejo. Por una de esas anomalías de carácter que no pueden explicarse, pero que hacen que muchas veces se ame á los mismos que parece que toman más placer en atormentarnos, el buen senador profesaba profunda estimación hácia el general que le había convertido en su víctima. Al ver el asesinato odioso cometido por la cortesana, se apoderó de D. Ramon una rabia inesplicable, y levantando su sable gritó:

—¡Vibora! no quiero darte muerte, porque, al fin, eres mujer; pero al menos te pondré en la imposibilidad de hacer daño.

La Linda cayó lanzando un grito de dolor.

La había cruzado la cara de arriba abajo con una ancha herida.

Aquel grito de hiena herida fué tan espantoso que los combatientes se estremecieron. El general Bustamante le oyó; de un salto se puso junto á su antigua querida, á quien la herida que la cruzaba el rostro hacía aparecer hedionda. Se inclinó ligeramente hácia ella, y cogiéndola por su larga cabellera, la colocó atravesada sobre el arzon de su caballo; luego clavó espuela y se precipitó como un furioso en lo más fuerte del combate.

No obstante los esfuerzos inauditos de los chilenos para volver á apoderarse del fugitivo, logró escaparse, merced á una casualidad providencial, antes que los ginetes hubiesen logrado rodearle por completo.

Los indios habían obtenido el resultado que deseaban, que era el de libertar al general, y para ellos el combate no tenía ya objeto, con tanto más motivo, cuanto que los españoles, habiéndoles obligado á abandonar sus posiciones, hacían en ellos una carnicería terrible.

A una señal de Antinahuel los indios se echaron á ambos lados del desfiladero y escalaron las rocas con una velocidad increíble, bajo un diluvio de balas.

El combate había concluido.

Los araucanos habían desaparecido.

Los chilenos se contaron.

Sus pérdidas eran grandes.

Tenían setenta hombres muertos y ciento cuarenta y tres heridos.

Habían sucumbido varios oficiales en cuyo número se encontraba el general Cornejo.

En vano buscaron á Juan. El intrépido indio se había tornado invisible.

La pérdida de los araucanos era mucho mayor aun, puesto que dejaban trescientos muertos en el campo de batalla. Los heridos habían sido llevados de allí por sus compatriotas, pero todo hacía suponer que eran numerosos.

D. Gregorio estaba desesperado con la fuga del general Bustamante.

Aquella fuga podía tener resultados muy funestos para la seguridad del país.

Era preciso adoptar inmediatamente medidas severas.

Era ya inútil que D. Gregorio se trasladase á Santiago; por el contrario, urgía que regresara á Valdivia para asegurar la tranquilidad de esta provincia á la que, sin duda, turbaría la noticia de la evasión del general. Pero, por otra parte,

era tambien muy importante que las autoridades de la capital, estuviesen advertidas para que se mantuviesen en guardia.

D. Gregorio se hallaba en estremo perplejo, pues no sabia á quien confiar aquella mision, cuando el senador fué á sacarle del apuro.

El buen D. Ramon habia concluido por tomar su valor por lo sério; se creia de buena fé el hombre mas valiente de Chile, y al pensar en ello, se revestia ya de un aspecto fanfarron que daba risa.

Se hallaba mas atormentado que nunca por el deseo de regresar á Santiago, no porque tuviese miedo, nada de eso: ¿cómo habia él de temer cosa alguna? pero ardia en deseos de sorprender á sus amigos y conocidos, refiriéndoles sus increíbles hazañas.

Esta razon era la única que le inducia á regresar, ó al menos era la única que hacia valer.

Al saber que los españoles regresaban á Valdivia, se presentó á D. Gregorio pidiéndole autorizacion para continuar su camino hácia la capital.

A D. Gregorio le llenó de gozo este ofrecimiento, y por lo tanto, le acogió con graciosa sonrisa.

Concedió al senador lo que este le pedia, y además le encargó que llevase la doble noticia de la batalla ganada á los indios, batalla en que D. Ramon habia tenido tanta gloria, y de la fuga imprevista del general Bustamante.

D. Ramon aceptó con una sonrisa de satisfaccion un encargo tan honroso para él. Tan luego como los despachos que escribió D. Gregorio en el acto estuvieron concluidos, montó á caballo, y escoltado por cincuenta lanceros, partió para Santiago.

Los indios no eran temibles en aquel momento, pues acababan de recibir una leccion harto dura para que abrigasen el intento de atacar tan pronto.

D. Gregorio salió del desfiladero despues de haber enterrado sus muertos, y regresó á Valdivia abandonando á los buitres los cadáveres de los araucanos.

LVII.

EL VIAJE.

Nos reuniremos ahora con dos personajes interesantes de esta historia, á quienes nos hemos visto obligados á descuidar.

Valentin despues de su entrevista con D. Tadeo, apenas se tomó el tiempo suficiente para despedirse del conde Luis, y se alejó inmediatamente seguido de Trangoil Lanec y de su inseparable perro de Terranova.

Valentin, al salir de Francia, se habia trazado interiormente una linea de conducta; habia dado un objeto sagrado á su vida, que hasta aquella época habia trascendido, por decirlo así, al dia, sin cuidarse del pasado ni del porvenir. Este último era entonces para él la esperanza mas ó menos hipotética de obtener al cabo de una larga carrera, si no era muerto por los árabes, la charrera de teniente, ó quizás las de capitán.

A esto se limitaba toda su ambicion y aun, no se atrevia á convenir en ello consigo mismo; tanto era lo desmesurada que le parecia aquella ambicion cuando pensaba en lo que habia sido, un simple pilluelo de París.

Pero cuando su hermano de leche le llamó junto á sí para confiarle la catástrofe terrible que, despues de arrebatarse su fortuna, de caida en caida, le habia conducido á no hallar remedio mas que en el suicidio, entonces, por la primera vez de su vida sin duda, comenzó Valentin á reflexionar.

El coronel Prebois-Crancé, por un testamento sublime de soldado, al morir le habia legado en cierto modo á su hijo.

Valentin comprendió que era llegado el momento de recoger la herencia que le confiara su bienhechor.

No vaciló.

Aunque desde su primera infancia habia perdido de vista casi por completo á su hermano de leche, quien, merced á su posicion aristocrática y á su fortuna, estaba lanzado á la alta sociedad parisiense, y no recibia mas que ocultamente las visitas del pobre soldado, Valentin adivinó desde el primer golpe de vista aquella organizacion escepcional, casi femenina, esencialmente nerviosa, que solo vivia de sensaciones, y cuya debilidad formaba su mayor fuerza.

Comprendió que aquel jóven, acostumbrado á mirar como único medio el dinero, á no emplear con esos hábitos de gran señor mas que fuerzas estrañas á sí mismo, estaba perdido si no le tendia su rudo brazo de hombre del pueblo para servirle de ayuda y sostenerle en la vida de pruebas que iba á comenzar para él.

Asi como muchos jóvenes nacidos en la fortuna, Luis ignoraba los primeros principios de la existencia. Siempre habia fiado en el dinero para vencer las dificultades ó superar todos los obstáculos.

Pero habiéndole faltado súbitamente esa llave de oro que abre al momento todas las puertas, despues de unas duras reflexiones que le condujeron á la desastrosa conclusion de reconocer que nada podia hacer por sí mismo, se resolvió al fin á suicidarse.

Valentin, por el contrario, acostumbrado desde su nacimiento á ejercitar su inteligencia y á buscar sus recursos en sí mismo, comprendió que habia que rehacer la educacion de su hermano de leche; no retrocedió ante esta empresa difícil, casi imposible para un hombre que, como él, no hubiese llevado en su corazon el germen de la facultad de sacrificarse; así, pues, resolvió, como él decia en su lenguaje pintoresco, hacer de Luis todo un hombre.

Desde aquel dia encontró el objeto de su vida: sacrificarse á la felicidad de su hermano de leche y hacerle venturoso á toda costa.

Habiéndose grabado profundamente en su cerebro esta resolucion, Valentin la ejecutó haciendo que Luis rompiese con su vida pasada de una manera brusca. Para obligarle á abandonar la Francia, se sirvió del pretexto de su amor.

Decimos que Valentin se sirvió del pretexto del amor de su hermano de leche, porque estaba convencido de que nunca encontraria en América á aquella mujer que, parecida á un resplandeciente meteoro, habia brillado algunos meses en París, alejándose luego bruscamente.

Al poner los piés en el suelo abrasador del Nuevo Mundo, se reservaba hacer olvidar á Luis su romántica pasion, lanzándole á una senda en la que las peripecias febriles de una vida de aven-

turas no le habrian dejado tiempo suficiente para pensar en el amor, *enfermedad* (así era como la llamaba Valentin) que solo sirve para hacer perder al hombre el poco talento que Dios le ha dado.

(Se continuará.)

GUILLERMO.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO MARCO

D. MARTIN PETREA.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

La noche habia estendido su negro velo y la ciudad de Puerto Principe yacia envuelta en las mas densas tinieblas. El silencio reinaba por doquier, y el que hubiera escuchado pocas horas antes los infinitos sonidos que salian por todas partes durante el dia, creeria estar entonces en un vasto cementerio. Tanto el poderoso como el pobre, tanto el libre como el esclavo, se entregaban al sueño; aquel para descansar de sus placeres, y este de sus trabajos.

Las bandadas de papagayos ya no hacian resonar el bosque con sus penetrantes chillidos; los pintados y alegres pájaros-moscas estaban en sus nidos, y el terrible jaguar que con su voz habia hecho callar temerosas á las aves y abandonar la serpiente la presa que ya tenia fascinada con su mirada, reposaba en su guarida.

La luna, oculta hasta entonces tras densas nubes, lanzó sus rayos melancólicos sobre la tierra, que cubrió de vaguedad y misterio. El suelo estaba tan cubierto de verdura que era difícil encontrar un punto desprovisto de ella. Multitud de arroyuelos murmuraban entre las flores que festoneaban sus orillas, haciéndolas inclinar sobre sus tallos al débil impulso de su corriente. Aquí las enredaderas trepando por los troncos de los ébanos y cedros, formaban multitud de guirnaldas que el menor soplo del viento balanceaba dulcemente, y mas allá se reflejaba en el cristal de un lago el disco de la luna. Por una parte palmeras de mas de cien piés elevaban sus copas hasta las nubes, y por otra al guna llanura fertilisima embalsamaba la atmósfera con el aroma de las flores que la tapizaban.

De pronto, por entre un claro del bosque pasó una sombra que tornó á ocultarse en la espesura. Era un negro; llevaba en sus brazos un envoltorio; no se percibia el ruido de sus pasos al andar sobre la yerba, y si por casualidad en su silenciosa marcha pisaba alguna rama que crugia al romperse, se paraba y parecia escuchar, como temeroso de haber sido descubierto.

El negro siguió internándose en el bosque; era alto y muy robusto, y sus ojos brillaban en la oscuridad como dos ascuas.

Parecia el genio de la noche.

Al llegar á un torrente se detuvo; las aguas se precipitaban sobre las rocas cubriéndolas de bullidora espuma, y produciendo un sonido armonioso al estrellarse. De una y otra parte de las escarpadas orillas estendian sus ramas los árbo-

les del bosque, formando una bóveda impenetrable á los rayos de la luz.

Aquel paraje presentaba en un mismo espacio todo cuanto la naturaleza tiene de mas bello é imponente.

En algunas praderas reinaba un admirable desorden de flores y plantas olorosas, sobre las cuales la luna estendia sus tules de plata. Parecia que sobre un fondo esmeralda se habian arrojado con profusion piedras preciosas de todos tamaños, formas y colores; algunas flores que no podian vivir sino con la luz del sol, tenian cerradas sus corolas para abrirlas á la aparicion de este astro; otras, mas poéticas que las primeras, entreabrian sus pétalos delicados y llenos de fragancia para recibir la ténue y suave de la luna. Las auras acariciando sus flexibles tallos hacian que sus cálices se tocaran para luego volverse á separar, como la doncella que huye ruborosa despues de conceder un beso á su amante. El poeta, al contemplar esta pintada alfombra surcada de franjas de plata, transmitiria á sus versos amor sublime, ideas llenas de sentimiento. Mas si volviera su vista al torrente, y asomándose á sus bordes examinara el abismo sin fondo en donde se precipitaban con furia las aguas, y oyera su estruendo, haria la descripción de una batalla, el retrato de un héroe, ó la narracion de aventuras peligrosas. Las peladas y puntiagudas rocas, combatidas sin cesar por el torrente y cuyas aguas parecerian llamarse para sepultarle en su seno, y los árboles gigantescos que dominaban el liquido bullicioso, que con su impetuosa corriente habia descarnado sus raices, le llenarian de terror ó de admiracion.

Teniendo á la vista tales cuadros, es imposible que aun el hombre de corazon mas empedernido no sienta una emoción inesplicable que le revele la existencia de un ser infinitamente mas grande que él y que todo lo dispone.

El negro contempló algunos momentos el torrente con mirada feroz, respirando por todos los rasgos de su fisonomía el placer de la venganza. Despues levantó en alto el bulto, y ya iba á arrojarlo cuando pareció que salia de su interior un quejido lastimero, se detuvo y desenvolviéndolo, dejó descubierto un niño desnudo y recién nacido. En aquel momento, una ráfaga de viento trajo hasta la cara del infante la espesa niebla que se elevaba del torrente. Este bautizo que practicaba la naturaleza con el mismo liquido que momentos antes iba á recibir al bautizado, tenia algo de extraño. El agua brillaba en las mejillas del niño como una multitud de puntas de diamante. El negro fijó su vista en aquel ser tan inocente, y pareció vacilar en su propósito. Mas de sus labios se escaparon algunas palabras que sin duda tenian el poder de escitar en él algun odio, y acabó diciendo al mismo tiempo que lo levantaba otra vez:

—¡Fuera toda compasion! que muera!

El recién nacido rompió entonces en un amargo llanto, y como por ensalmo el semblante del negro perdió toda su ferocidad, y tapando cuidadosamente al niño, logró acallarle. Quedóse pensativo, lanzó un suspiro que revelaba una larga serie de padecimientos reprimidos y abandonó aquellos lugares emprendiendo un camino distinto del que antes llevaba. Mas esta vez disminuyó la rapidez de sus pasos para no agitar de-

masiado al niño, y en las miradas que le dirigia, se notaba algo de paternal y de arrepentimiento por el crimen que hacia poco iba á cometer.

Cualquiera que hubiera visto antes su semblante, en donde se agitaban las pasiones mas violentas y en actitud de estrellar al niño, creeria estar soñando ó dudaria de la razon del negro.

Este se detuvo ante la puerta de una cabaña situada sobre una eminencia y casi escondida entre las ramas de frondosos árboles. El aspecto de aquella morada demostraba la pobreza de su poseedor, por su pequeñez y su estado ruinoso. El negro llamó á la puerta por entre cuyas tablas mal unidas atravesaban algunos rayos de luz.

—¿Quién es? preguntó desde dentro una voz robusta y amenazadora.

—Abre Estéban, dijo el negro.

La puerta se abrió y un hombre le tendió una mano que estrechó entre las suyas.

CAPÍTULO II.

El negro y el nuevo personaje entraron en una habitacion pequeña y cuadrada, que servia á la vez de cocina y de dormitorio. En un rincon se veia una escopeta y colgados de la pared todos los arreos necesarios para la caza; una mesa, un banco y un lecho compuesto de varias pieles tendidas sobre el pavimento, completaban el mueblaje de aquella estancia.

El hombre que habia abierto la puerta al negro era alto, y su musculatura indicaba la fuerza que poseia; á cierta distancia se dudaba si pertenecia á la raza blanca ó á la de color; tanto habian ejercido su accion el viento y el sol sobre su rostro; mas acercándose se notaba que era á la primera, por la regularidad de sus facciones que indicaban alguna belleza, si bien sus grandes y pobladas cejas daban á su semblante cierta ferocidad.

Iba vestido con una sencilla blusa de lienzo listado y unos pantalones de la misma clase.

—Siéntate, Guillermo, dijo al negro acercando el banco á la mesa sobre la cual puso una botella de ron y unos vasos de vidrio.

El negro obedeció á su compañero y se sentó, siempre con el niño entre sus brazos.

—¿Qué diablos traes ahí? le preguntó aquel mirando curiosamente el envoltorio.

Guillermo, pues ya sabemos el nombre del negro, presentó ante los ojos del hombre de la blusa al recién nacido.

—Un niño, Estéban, le dijo; el primer paso que he dado en mi venganza.

Estéban miró al negro con asombro y llenando su vaso lo apuró de un sorbo.

—Si no te esplicas, no te comprendo.

—Escucha; este niño que tienes delante es hijo de mi amo, á quien se lo he robado.

—Pues cada vez estoy mas á oscuras, ¿para qué te sirve ese chiquillo?

—¿Y tú me lo preguntas?... exclamó Guillermo con amargura. ¿Es que el aire de los bosques y las emociones de la caza te han hecho olvidar lo pasado? Dime, ¿quién es el autor de tus sufrimientos? ¿quién es el de los míos?

La frente de Estéban se arrugó, como las nubes que cubren el cielo al prepararse una tempestad.

—No, no lo he olvidado, dijo cerrando los puños con rabia.

—Bien, Estéban, tampoco lo olvidaré yo nunca, y cree que mi venganza será tan segura como el efecto de esos venenos que sin quitar la vida instantáneamente, tardan dias, meses, tal vez años, pero siempre con horribles padecimientos. El me ha maltratado, él ha vendido mi sangre, pues bien, yo te juro que por cada golpe que me ha dado y por cada lágrima que he vertido desde que vendió á mi hijo, padecerá él tantos dolores que la imaginacion no puede concebirlos.

—¿Cuánto le odias, Guillermo!

—¿Que si le odio! oye: yo vivia feliz en Africa en mi cara patria; allí, como todos los hombres eran de mi color, no me despreciaban y era libre!.... libre! Nadie puede comprender el sentido de esta palabra como el esclavo. Todo cuanto nos rodea lo vemos tras un prisma cien veces mas hermoso que para el que no ha perdido su libertad.

Cuando el sol sale derramando torrentes de luz sobre la cumbre de los montes, las copas de los árboles y las superficies de los lagos, se alzan multitud de voces para bendecirlo; los pájaros revolotean entre los árboles; los peces se asoman á la superficie de las aguas, y hasta las fieras del bosque olvidan un instante sus instintos carnívoros para dar gracias al autor de todo lo creado; solo el esclavo no se regocija, sabe que empiezan sus penosos trabajos, y aunque siente ensancharse sus pulmones con la frescura del ambiente y quiere lanzarse entre tantas maravillas para bendecirlas, tambien ve que está encadenado; y si arrastrado por una fuerza superior intenta escaparse, siente el látigo del capataz que le desgarras sin piedad las espaldas. ¡Ah! dicen que hay un Dios grande y todo poderoso, ¿y ese Dios quiere nuestra esclavitud? pues qué el tener la piel negra nos quita los derechos de hombre? ¡Se nos insulta, se nos escarnece, como si no tuviéramos corazon! y es esto justo, Dios mio!....

El aspecto de Guillermo al hablar así era terrible; un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo, y tan ensimismado quedó en aquellos pensamientos, que de sus brazos se deslizó el niño y se hubiera caído al suelo á no ser por que Estéban lo recogió y lo colocó sobre el lecho de pieles.

—Cálmate, dijo este al negro, y piensa que tal vez el dia de la venganza está cerca.

—¡Sí, está cerca ó mas bien ha llegado! exclamó Guillermo, mientras en su rostro brillaba una sonrisa feroz, y continuando luego el hilo de sus ideas, dijo: yo le hubiera perdonado que me comprara como á un miserable animal, aunque sea contra todos los derechos de la naturaleza; pero que haya vendido á mi hijo por ganar un puñado de monedas, ¡eso nunca! Mi hijo era el consuelo de mi esposa y mio, y él nos hacia soportar con resignacion nuestra esclavitud; pero un dia vino un mercader de carne humana y se lo llevó. ¡Corrí hácia él para arrebatárselo y me enseñó sonriendo la escritura de la venta!.... Creo que entonces hubiera destrozado á mi amo entre mis brazos á haberlo tenido delante. La mujer que el cielo me habia concedido por esposa, sufría tanto como yo; pero la infeliz para no

umentar mi sentimiento, aparentaba una tranquilidad que estaba muy lejos de tener. Por un momento creimos que nuestro amo cedería á nuestras súplicas; pero vano pensamiento: la pantera no se compadece nunca al oír el balido de la oveja que desgarrar con sus uñas. El miserable, para hacernos olvidar nuestra pena, según decía, nos mandó azotar: yo sufrí la pena sin levantar un grito; pero mi amada, mucho mas débil, y además quebrantada por el dolor de la pena que sufrimos, murió. Desde aquel día juré vengarme, y aunque he tenido ocasion de escaparme muchas veces, no he querido.

Ahora soy su esclavo favorito, y muchas veces le he oído decir á sus amigos:

—Guillermo es tan fiel como mi perro.

Hasta este punto he logrado su confianza, ja... ja.... No sabe que tiene á su lado la fiera que ha de devorarle. Cuando supo que tenía este hijo, su alegría fué inmensa, puesto que, según las leyes de vosotros, si el ama se hubiera muerto sin tener hijos, el dote que llevaba al casarse pasaría á su familia, sin derechos para su esposo, y por eso se lo he arrebatado é iba á arrojarlo al torrente, cuando sin saber por qué, su llanto me pareció el de mi hijo, y no tuve fuerzas para ello, y menos aun, al reflexionar que era inocente de las faltas de su padre.

—¿Qué piensas hacer de él ahora?

—Ya que no me he atrevido á quitarle la vida, tampoco quiero volverlo á mi amo, y para ocultarlo, necesito una persona que lo tenga guardando el secreto, y en nadie he pensado mas que en tí que me aprecias, á pesar del color de mi piel, y odias á mi amo tanto como yo.

Estéban que durante la relacion de Guillermo habia apurado varios vasos de ron, se levantó y paseó por la estrecha habitacion.

Tenia tantos motivos de odio contra el amo del negro como este, y diremos por qué. Hacia seis años que habia llegado á la isla de Cuba rico, alegre y feliz, si el poseer un capital constituye la felicidad. En Puerto Principe vió á una jóven que perteneció á una familia muy distinguida. Sufria una pobreza espantosa por efecto de una quiebra que habia experimentado su padre en el comercio. Estéban, enamorado, se casó con ella, llegando su dicha al colmo cuando supo que iba á tener un hijo. En aquella época, D. Tomás de Viano, el amo de Guillermo, era un jóven desenfrenado y lleno de vicios; la esposa de Estéban llamó su atencion y quiso poseerla á toda costa; pero sus esfuerzos fueron inútiles y vió con asombro que no podia hacerla faltar á sus deberes de esposa: esto le exasperó hasta el extremo de concebir por ella y su marido un odio intenso. Estéban ignoraba estas circunstancias, porque su mujer se las ocultaba para evitar mas desgracias; pero un día fué citado ante los tribunales y al poco tiempo despojado de todos sus bienes. El odio de D. Tomás se dejaba sentir. Este habia presentado unos papeles falsos por los cuales aparecía que el padre de Estéban debía al suyo una cantidad inmensa. El jóven, despojado de su fortuna, no pudo recobrarla: viéndose sin pan para su mujer é hijo recurrió á sus amigos; pero le pusieron en la calle compadeciéndole, pero sin sacarle de su apuro.

Estéban, despechado, concibió un odio mortal por los hombres: aquel desengaño recibido de las

personas que le debian mas favores, secó su corazón.

Iguales casos de desagradecimiento se ven todos los días. El hombre que por sus méritos ó por su suerte ocupa un puesto muy elevado en un gobierno, siempre se ve rodeado de seres que le levantan un trono de adulacion; seres viles, que, ensalzándole, le consideran como el verdadero tipo del hombre sabio y político; sus menores acciones corren de la boca de estos miserables á la multitud citándolas como modelo, y sus mas insulsas palabras son para ellos chistes, que les arrancan carcajadas estrepitosas. Mas si este hombre llega á ser destituido de su puesto por cualquier causa, los mismos que le alabaron tanto, inventarán contra él mil epigramas á cual mas punzantes, y al pasar por su lado, volverán la cara hácia otra parte: antes le adulaban por que podia pagar espléndidamente sus palabras, y ahora ni aun se dignan mirarle, porque no puede satisfacer su ambicion, y van á arrastrarse por el polvo que pisa el que le ha sustituido en aquel puesto.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR
D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 57).

La inviolabilidad mútua es la base de la paz, y en ella se apoyan todas las naciones. Violar dicha base, hubiera sido no solo una iniquidad, sino la guerra, el asesinato en masa; hubiera sido, en fin, verter la sangre humana al acaso, y regar con ella el suelo europeo. ¿Y con qué derecho? ¡Con el de una opinion, de un sistema, de un capricho, de una vanidad ó de un arranque á lo Danton, y debo advertir que hasta el mismo Danton no proclamaba mas que la guerra defensiva, y trataba con la Prusia!

Confieso mi debilidad. Mi conciencia de hombre timorato ante Dios rechazaba ese juego de sangre humana, cuya apuesta es la vida de sus criaturas.

¡Qué me desprecien, pero que me absuelvan! Separé de la república la guerra ofensiva como un crimen para con la humanidad y para con Dios; y no acepté en mi pensamiento mas que una guerra defensiva y patriótica. Este escrúpulo de conciencia fué el que me hizo dar el manifiesto que presenté á los ojos de la Europa.

¡Escrúpulos, me dirán! No lo niego; pero algunas veces un escrúpulo de conciencia es la política mas hábil que puede seguirse. Recordad lo que pasó. Las ligas de las demás potencias no tuvieron desde entonces ningun derecho de agresion contra la república; los pueblos, respetados y tranquilizados en sus territorios, se unieron á nuestros principios, y la diplomacia francesa fué árbitra del mundo en el espacio de seis semanas sin haber violentado ninguna nacion ni haber disparado un tiro.

XIX.

No dejaba de conocer, sin embargo, que la

Italia se conmoviera, y que la Alemania se armara para mantener su poder *antinacional*, aunque habitual, en la Lombardia. Conocía desde su juventud, el carácter irresoluto y estemporáneo de Carlos Alberto, ora arrepintiéndose de un hecho, como reincidiendo en seguida en lo mismo de que se habia arrepentido; y desconfiaba no solo del impulso inoportuno que daría á su ejército, sino el que tendria que soportar de sus pueblos. Por lo tanto, en vista de dicha prevision demasiado pronto realizada, debia tomar una posicion imponente ante la Alemania; por cuya razon hice que se decretase la formacion del ejército de los Alpes, fuerte de sesenta mil hombres y escalonados desde Lion hasta la frontera de Var.

¿Cuál era la significacion del ejército de los Alpes?

Para mí tenia dos: primera la de estar pronto á entrar en el Piamonte, á la primera señal de peligro; y la segunda, la de estar dispuesto á reprimir las agitaciones religiosas, civiles, socialistas y demagógicas, que pudieran estallar en las provincias del Mediodia; séase en Lion, en Avignon, en Tolon, en Marsella, y, en una palabra, en todo el radio que comprende desde el Saona hasta el Ródano, que es mucho mas vehemente en sus aspiraciones que el norte de la Francia.

Así, el ejército de los Alpes, solo con su presencia, dominaba inofensivamente la Italia con su vanguardia, y pacificaba por el flanco derecho el mediodia de la Francia.

XX.

Luego, ¿qué debia hacer el ejército de los Alpes en Italia, si la temeridad inoportuna de Carlos Alberto declaraba la guerra al Austria, y si, como estaba convencido de ello, Carlos Alberto se hacia ilusiones, y el Austria victoriosa avanzaba para invadir el Piamonte?

Entonces en nuestro derecho y en el interés legítimo de la seguridad de nuestras propias fronteras del Mediodia y del Este, nuestro ejército debia pasar los Alpes y entrar en el Piamonte, cubrir dicho reino, reunir los restos del valeroso ejército piamontés, hacer frente al ejército austriaco, y combatir, si era necesario, por la evacuacion y la independencia de toda la Peninsula.

Pero en aquel entonces no era necesario combatir: la revolucion se batía por nosotros en Hungría, en Prusia, en Francfort, en Roma, en Nápoles, en Toscana y en Viena; y el Austria, que no existía sino por su único ejército de Italia, no pensaba arriesgarse en una batalla, sino en procurarse condiciones honrosas para retirarse. Llegó á proponer el negociar dicha retirada hasta el Tirol; y para evacuar la Lombardia, no pedía sino que la Italia le pagase su deuda italiana. En aquel caso no era muy dudoso el que cien mil franceses, cubriendo á sesenta mil piamonteses, en las llanuras del Piamonte, hubieran operado, ó con su presencia, ó por medio de un golpe de mano, la liberacion del suelo itálico. Se tendrá mas seguridad de mi aserto si se tiene en cuenta que Turin, Milan, Génova, Parma, Plasencia, Bolonia, Venecia, Florencia, Liorna, Roma, Nápoles, la Calabria y la Sicilia, habian corrido á tomar las armas con mas ó menos patriotismo; que dichos movimientos aun in- decisos en un país que no tenia la costumbre de

batirse en el campo, se hubieran acrecido, multiplicado y organizado al flanco derecho del ejército francés; y que la Italia hubiera sido al cabo de seis meses un bosque erizado de bayonetas, tal vez inhábiles, pero heroicas como el sentimiento que les impulsaba á salir al campo.

XXI.

¿Qué hubiera pasado entonces en Italia? No sabemos los secretos del porvenir; pero podemos afirmar que se hubiese hecho lo que la Francia hubiera aconsejado, y lo que encierra la antigua constitucion de las cinco ó las seis Italias: es decir una federacion patriótica y unánime de todas las Italias, bajo sus diferentes naturalezas políticas, y bajo la mediacion protectora de la Francia. La unidad nacional y militar de todas esas diversidades políticas hubiera sido un hecho análogo á la confederacion helénica de las ciudades, los reinos y las repúblicas del Peloponeso, y de las Islas, bajo la garantía de las falanges macedonias.

Indudablemente hubiera habido oscilaciones, dudas, anomalias, inesperencias, disgustos, rivalidades y escesos de impulso y de resistencia; pero la moderacion presente y armada de la Francia hubiera sido una dictadura de utilidad comun, aceptada por la necesidad; hasta el momento en que al protectorado de los aliados hubiese sucedido el de los italianos, constituidos en ejército en sus propias ciudades. La Italia desde la edad media, es mas municipal que nacional; por lo tanto una confederacion municipal es la forma obligatoria de su constitucion, porque no se debe obrar en contra de la naturaleza. ¿Calculad qué confederacion municipal no seria la que tuviera por capitales de municipios á Milan y Turin, al pié de los Alpes, Génova á la derecha, Venecia á la izquierda; Florencia, Liorna y Bolonia al pié de los Apeninos; Roma en el centro, Nápoles en sus alturas, y Palermo y Mesina en sus aguas? ¿Qué renacimiento político, militar, oratorio y literario no prometeria la emulacion de todas esas capitales, en una nacion que cuenta veinte millones de hombres, dotados de tanto genio y de mas razon que los de la superficial Atenas?

XXII.

Tal era mi pensamiento, respecto á Italia, el cual será una ofensa para los italianos, que querian, en contra de la razon, una unidad sin lazos, y una emancipacion sin emancipadores; pero no se trataba entonces de lisonjear la Italia, sino de salvarla. Así es que no halagué su amor propio, ni provoqué los movimientos intempestivos de 1848; ¡pongo por testigo á sus embajadores de aquella época! Y si no, ¡que digan si no hice todos los esfuerzos que lealmente pude hacer, á fin de que Carlos Alberto abandonase sus proyectos de agresion en los que preveia su pérdida! Que recuerden una de mis frases dicha en la tribuna, y que era demasiado significativa, para no haberla tenido en cuenta: *¡Todas las cantatas no son la Marsellesa!*

Hoy lo mismo que entonces, espondré sinceramente mi opinion sobre ese pueblo, llegado á su madurez para ser independiente, libre, elocuente, ingenioso y grande, pero no guerrero. La libertad le hubiera hecho empuñar las armas; pero lo

que necesitaba era un pueblo aguerrido y veterano en la gloria como la Francia, para enseñarle el uso de ellas. Se puede improvisar la libertad, pero no los ejércitos que la defiendan: y sabido es lo necesario que es un ejército en torno de la cuna de una libertad naciente. ¡Que el porvenir me desmienta si me equivoco, pero que no me acusen los verdaderos patriotas de la Italia! Mis pensamientos de prudencia y temporizacion para con ellos eran mas italianos que los de Carlos Alberto: los mismos son en el dia, solo que son otras las causas que los motivan.

XXIII.

Pero dicen los italianos que viven en el destierro, y los radicales de la guerra revolucionaria en Francia, ¿por qué el ejército de los Alpes no entró en Italia cuando la derrota de Carlos Alberto, para representar el hermoso papel de mediador armado, ó de defensor de la causa Italiana, que era la mision que le asignásteis al crearlo, caso que el Piamonte fuera invadido por el ejército austriaco?.....

¡Ay! no soy yo el que os contesto sino una fecha bien triste. El dia en que los descalabros de Carlos Alberto fueron presentidos en París, se preparó la orden de marcha para el ejército de los Alpes sin la menor indecision por parte del gobierno de la república; pero la fatal insurreccion comunista ó demagógica que estalló en junio, motivó la retirada del gobierno.

Mientras que dicho gobierno combatia en las calles de Paris para salvar la república y la asamblea; mientras que triunfaba por medio del ejército que habia preparado y á cuya cabeza marchaba el general elegido por el comité de la representacion nacional, y mientras haciendo de jefe y soldado al mismo tiempo, arriesgaba su vida para salvar la representacion nacional, aquella misma corporacion sospechaba que estaba en una odiosa y oculta complicidad con sus enemigos; por cuya razon le retiraron apresuradamente el poder ejecutivo para adjudicárselo á un dictador tan patriota como él, pero que ciertamente no era mas amante de su patria.

La fatal coincidencia de la batalla de Paris y la de la derrota del Piamonte sumergió todos los planes y los sueños en un mismo abismo; y como desde aquel dia fui totalmente extraño al gobierno, ignoro cuáles fueron las ideas y las necesidades de los sucesivos gobiernos de la república hacia la Italia. Todo lo que puedo afirmar, es que, á pesar de la gravedad de los acontecimientos de junio, no me hubieran impedido estos el que hubiera hecho entrar en el Piamonte el ejército de los Alpes. La Francia civilizada estaba de pié como un solo hombre, para defender con las armas su civilizacion, sus familias, sus propiedades, sus casas y su soberania representativa contra un puñado de destructores, aniquilados de antemano por su misma demencia. El poder interior de la Francia se habia centuplicado, y su fuerza militar se habia reconstituido desde hacia cinco meses, á la sombra de la enérgica organizacion de sus ejércitos. Además, la Francia no necesitaba tener cien mil hombres sobre las armas en los Alpes ó en Argelia para preservarse de los comunistas que la aterrorizaban; pero la Italia tenia necesidad de ellos para ser Italia.

(Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA

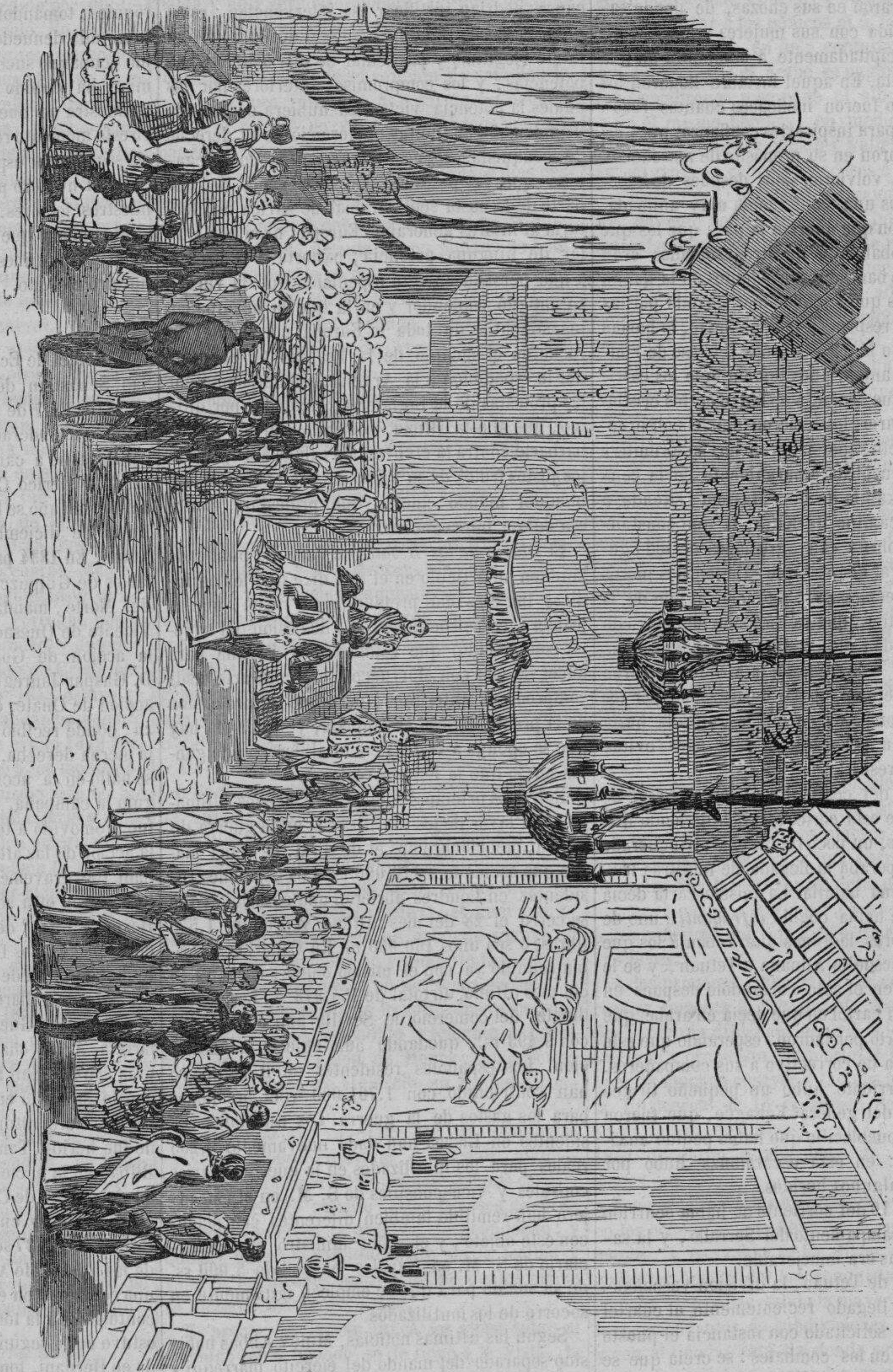
DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

El temporal que reinó en el mar desde el bombardeo de los puertos marroquíes por nuestra escuadra hasta mediados del mes actual, impidió que nuestra marina continuara en sus operaciones, siendo imposible por la misma causa conducir al cuartel general las caballerías y camellos necesarios para que el ejército se ponga en marcha. El general en jefe, en un parte fechado en el cuartel general el 5 del corriente á las diez de la noche, decia que el ejército se hallaba incomunicado en Tetuan, pues el Levante que reinaba no permitia la aproximacion de buques á la costa. El general en jefe decia tambien en dicho parte que no podian emprenderse las operaciones mientras no llegasen los vapores enviados á Málaga y á Oran en busca de mulas y camellos. Esta comunicacion habia sido enviada por tierra hasta Ceuta.

Los moros tiradores que hay en Melilla al servicio de España, han solicitado tomar parte activa en la campaña contra sus compatriotas: este deseo manifiesta de un modo indudable, que el trato con nuestra plaza los ha civilizado hasta el punto de ver con mas simpatias la causa de España en esta guerra que la de la nacion á que pertenecen.

En vista de la hostilidad constante de los moros de las cercanías de Tetuan, y habiéndose repetido con frecuencia los ataques á nuestros soldados cuando los veian solos, el general en jefe envió á fines de febrero último una proclama á los cherrifs de las kabilas que habitan las tiendas y aduares de la sierra de Bencemelam, en la que les decia, que si á las diez de la mañana del dia siguiente á aquel en que la recibieran no enviaban una comision compuesta de sus mismos jefes para arreglar con ellos la seguridad y tranquilidad del país y de sus habitantes, estaba dispuesto á enviar tropas que lo destruyesen y lo arruinasen todo sin respetar los campos ni los plantios. El general en jefe exigia además, que algunos de la comision se quedaran en su poder como garantía del cumplimiento de lo que pactaran. Al mismo tiempo les decia que la nacion española, amante siempre de la humanidad, respetaria los bienes y haciendas de todos los que fuesen gentes de bien y de paz, y que impondria á los malhechores el castigo que mereciesen; y por último, invitaba á todos los habitantes de las cercanías para que continuaran yendo á la plaza á vender sus frutos y mercancías. Sin embargo de esta proclama, los moros han continuado casi tan hostiles como antes, acechando el momento en que veian algun soldado solo para asesinarle ó hacerle prisionero.

El general Rios salió el 5 de Tetuan con el objeto de practicar un reconocimiento sobre Kitta para cerciorarse de las posiciones que ocupan los moros kabilas en la derecha de Ouad-el-Jelú, y con el fin, si era posible, de hacer bajar de sus guaridas á los que parecen menos agresivos. El general Rios iba acompañado de un brigadier, de un coronel de Estado mayor, sus ayudantes de campo, el alcalde de la plaza Al-Hache-Hamet-Abet y otros moros distinguidos, todos montados



Entrega del vestido de S. M. al Excmo. Sr. Duque de Híjar.



en soberbias mulas. Delante iban á pié otros muchos de Tetuan, y dos moros de los montañeses como comisarios de paz. La escolta de húsares á las órdenes del general Rios y tres compañías de cazadores de Tarifa, fueron las únicas fuerzas que tomaron parte en la expedición. Atravesaron el rio Jelú por un vado, y durante algun tiempo le fueron costeano por entre las calles de árboles que forman la cerca de multitud de huertas que cubren aquella hermosa vega. Despues atravesaron el Ouad-Agras y llegaron á una posesion

magnífica á cuya casa se sube por una rampa de piedras menudas: este edificio está bastante aruinado y presenta un aspecto muy pintoresco, aunque triste y sombrío. Los oficiales salieron de este recinto por la parte que da al monte y desde allí descubrieron á unos doscientos metros el santuario y la kabila de Kitta que da nombre á toda la comarca. En el momento en que los árabes vieron á nuestros soldados, empezaron á subir por las alturas, reuniéndose en grupos y escondiéndose entre las breñas para espiarlos. A unos

cien metros se podian distinguir con toda claridad diez moros con las espingardas entre las piernas. El alcalde, por órden del general, envió dos emisarios anunciándoles que iban de paz, que bajaran y que no tuvieran temor alguno. Entre tanto algunos oficiales, que, á pesar de ser el terreno cada vez mas intransitable, se habian internado por las arboledas en direccion á Kitta, oyeron repentinamente un murmullo de voces muy cercano; se colocaron en una pequeña elevacion, y ocultos detrás de un matorral, vieron una mul-

titud de rifeños reunidos, conferenciando sin duda sobre el partido que debían tomar. Después de un rato entraron en sus chozas, de donde salieron en seguida con sus mujeres y efectos, dirigiéndose precipitadamente á la cumbre de una sierra inmediata. En aquel instante llegaron los emisarios; pero fueron ineficaces cuantas razones les dieron para inspirarles confianza, pues los moros continuaron en su propósito de marcharse, y los emisarios volvieron solos después de haber tenido con ellos una conferencia muy animada. Lo moros dijeron que querían la paz; que los que atacaban y robaban á nuestros soldados eran unas turbas de bandidos procedentes de la kabila de Ouad-Agras que andaban merodeando por las cercanías; que respecto á ir á la ciudad, lo harían tan pronto como Muley-Abbas se retirase de Fondack, pero no antes; pues temían que los castigase si sabía que tenían amistad con los cristianos. Los emisarios los hicieron muchas observaciones; pero ellos persistieron en su primitivo designio. Se quejaron amargamente de la conducta de la kabila de Beni-Hassem, situada á medio día de camino de Kitta, la que constantemente los molesta con agresiones de todo género. El general dispuso que saliesen dos moros en aquella direccion para anunciar al jefe de la kabila, los castigos que se propone ejecutar con ellos si no mudan de conducta y vienen á prestar obediencia. A la caída de la tarde regresaron las fuerzas á Tetuan sin ser hostilizadas por los moros. Una compañía cubrió la retirada hasta que volvieron á pasar el rio Jelú para evitar cualquier sorpresa.

A principios del corriente, el corresponsal de un periódico de esta corte escribía diciendo que el ejército moro, un poco repuesto y atrincherado en Fondak, esperaba la llegada de nuestras tropas para dar una batalla. La misma carta decía también que se había cogido *infraganti* á uno de los muchos moros ladrones que roban á los que van de noche desde la Aduana á Tetuan, y se le había fusilado en el acto colgándole después en un árbol con un cartel en que decía en árabe, que había sido muerto por ladrón, esperando que este ejemplo sirviera de correctivo á sus compañeros.

El 9 del corriente hubo un pequeño tiroteo con las tropas del general Echagüe, que fueron á proteger un pueblecillo que había pedido auxilio á la plaza: en esta escaramuza hubo por nuestra parte algunos heridos.

Hasta el día 10 del corriente no había ocurrido novedad en el campamento del Serrallo, y la salud de las tropas era inmejorable.

Segun cartas de Tetuan, la division vascongada, que había llegado recientemente al cuartel general, había solicitado con instancia el puesto mas avanzado en los combates: se creía que se incorporaría á la del general Echagüe.

Una carta de Tetuan decía que la causa de que no quiera el gobierno marroquí ceder á Tetuan, es porque hay una especie de profecía en el país que dice: «Si un día entregais á Tetuan, Alá os privará del resto del imperio, y os reducirá á la esclavitud.» Esta es la razon, decía la carta, por la cual el gobierno marroquí prefiere la guerra á la cesion de la plaza.

El periódico *Le Nord* de Bruselas, en un notable artículo que ha publicado bajo el epígrafe de *Defensa de España*, dice haciéndose cargo de

los rumores de una intervencion inglesa en nuestra guerra con Marruecos, que solo dos causas podrian justificar esa intervencion: estas dos causas son el interés general de Europa, ó el interés legítimo y particular de una ó de muchas potencias, y los compromisos anteriores por los cuales la potencia victoriosa hubiera consentido de antemano en limitar el ejercicio de su derecho de conquista. Demostrado de un modo innegable, que la posesion por la España de una parte de la costa septentrional de Africa no afectaría al interés general de Europa, ni al particular de ninguna potencia; exhorta á la España á que persista en esta expedicion que la vuelve su antiguo esplendor y en la que la acompañan las simpatías de toda la Europa continental, y recuerda el ejemplo de la Francia al emprender la expedicion á la Argelia, sin detenerse por las protestas de la Inglaterra; diciendo, por último, que si esta última, tomando partido por la barbarie contra la civilizacion, llega á disputarla los justos frutos de su victoria, que apele á la opinion del mundo entero, que protestará contra esa odiosa intervencion.

El *Diario de los Debates* de Paris ha publicado también un artículo en el que dice que los periódicos ingleses han pretendido sin razon, que la primera de las condiciones (la de cesion del terreno conquistado) que establecía la España para hacer la paz con Marruecos, era contraria á sus compromisos anteriores; pero que tal pretension de la prensa inglesa era injusta, y que nada hay que se oponga á la justicia ni al derecho de gentes en lo que la España reclama.

Entre los principales donativos hechos últimamente á favor de los inutilizados en la guerra de Africa, mencionaremos el de S. M. la reina madre que asciende á 140,000 rs. Los españoles residentes en Lóndres abrieron una suscripcion que se cerró el 28 del mes último y produjo 1,570 libras, ó sea unos 160,000 rs. En Canarias se había reunido ya con el mismo objeto, hasta el 18 del mes último, un total de 154,913 rs. Los dependientes del comercio de Sevilla han contribuido con 9,493 rs., quedando aun abierta la suscripcion. Los españoles residentes en Rio Janeiro han contribuido con 1.701,000 reis brasileños para los gastos de la guerra. Los españoles residentes en Lisboa han dado nuevamente 3,205 reales para los inutilizados en la guerra. Varios cónsules y vice-cónsules de S. M. en el extranjero han remitido también diferentes cantidades con este objeto; y el señor ministro plenipotenciario de S. M. en Nápoles ha cedido 5,000 rs. de su sueldo para que se empleen igualmente en socorro de los inutilizados.

Segun las últimas noticias, Muley-Abbas había sido separado del mando del ejército marroquí y depuesto el ministro Mahomet-el-Ketib.

Los moros habían apresado un corneta del batallón de cazadores de Ciudad-Rodrigo y tres soldados del regimiento de Zamora que conducían rancho á un puesto avanzado.

Un parte telegráfico del general en jefe, fechado en Tetuan el 11 del corriente, decía así: «El enemigo con fuerzas considerables y entre ellas las belicosas kabilas del frente de Melilla, se ha presentado esta mañana en ademan de atacar nuestros campamentos del Sur de Tetuan, apoyándose en los estribos de Sierra Bermeia. Las tropas

después de haber rechazado sus primeros ataques, han atacado á su vez á las fuerzas marroquíes, tomándoles una tras otra, con su acostumbrado denuedo, todas las posiciones que han ido ocupando sucesivamente. La pérdida del enemigo ha debido ser de mucha consideracion; la nuestra no puede fijarse todavía, puesto que en este momento regreso con las tropas que le han perseguido por espacio de más de legua y media.

En el número próximo daremos mas detalles á nuestros lectores.

El grabado que acompaña este artículo representa los figurines de los diferentes cuerpos de nuestro ejército.

D. Rafael de Echagüe y Birmingham nació en San Sebastian de Guipúzcoa el 13 de febrero de 1815. En 7 de octubre de 1833 entró de subteniente abanderado del batallón franco de Isabel II, y fué á campaña á las órdenes del general D. Federico Castañón. En 17 de noviembre del mismo año se halló en la accion de Hernani. En 14 de diciembre se halló en la de Alaim ó Ataun. En 1834 pasó al batallón franco de voluntarios de Guipúzcoa, incorporándose al ejército del Norte, mandado por el general D. Genaro Vicente de Quesada. En 16 de marzo estuvo en la accion de Gorriti á las órdenes del general D. Gaspar Jáuregui; el 9 de mayo se halló en la accion de Oñate; el 1.º de junio en la de Aranzazu, donde recibió una herida de bala de fusil en la pierna derecha. Apenas cicatrizada la herida se halló en la accion de Lezcano. En 1835 prosiguió la campaña, y por la accion de Ormastegui fué promovido á teniente de cuerpos francos. En la accion de las alturas de Santa Bárbara de Hernani fué gravemente herido. En agosto volvió á hallarse en otra accion en las inmediaciones de Hernani. En 1.º de enero de 1836 dejó de pertenecer á los cuerpos francos y entró en el regimiento de infantería de San Fernando. Se halló en las acciones de Villareal y Arlaban, en el reconocimiento sobre Guevara y en las acciones de Gallarreta, Armayona, etc., obteniendo por su mérito la cruz de San Fernando de primera clase. En agosto se halló en la accion de Carranza, y en las del Otero, alturas de Ulibarri y Gamboa, donde fué herido. También estuvo cuando el sitio de Bilbao en la accion del monte de Cruces y bajada del puente de Castrejana, en la de los campos de Barandio y en la segunda del monte de las Cruces. En 1837 se halló en la accion de la toma de las alturas de Ametzagaña, recibiendo en ella una contusion en el pecho. También recibió otra contusion en la toma de la venta de Oriamendi; estuvo en la segunda toma de Oriamendi, entrada en Hernani, toma de Oyarzun, asalto de Iruñ y rendicion de Fuenterrabia. Formó parte de la expedicion de Ondarra, Motrico y Deva, hallándose en la toma de Guetaria y en las acciones de Urnieta. En 1838 se halló en las operaciones sobre el rio Oria, en el sitio y toma de Vera, y en las sorpresas de Oyarzun y Santiago, mereciendo por la última otra cruz de San Fernando de primera clase. En 1839 se halló en la toma de Ramales, y fué nombrado capitán de infantería; se halló en la rendicion de Guardamino, donde fué herido en la cabeza, mereciendo el grado de comandante en el campo de batalla. Tomó parte en

la acción de Urdax, y recibió otra cruz de San Fernando de primera clase, en cambio del grado de capitán que se le había concedido por duplicado y cuyo real despacho se canceló. En 1840 se halló en las operaciones sobre Segura, mereciendo el empleo de mayor de batallón. Estuvo en el sitio de Castellote y en el de Morella, y por último en la batalla y toma de Berga. Después vino de guarnición á Madrid, de donde pasó á Puerto-Rico, ascendiendo allí á comandante de infantería por antigüedad. En 1844 regresó á la Península, y quedó de reemplazo, siendo nombrado después ayudante de campo del capitán general de las Provincias Vascongadas, que lo era entonces D. José de la Concha. Cuando los sucesos de Galicia fué allá con el mismo general, y estuvo en la acción de Cacheira y en el sitio y rendición de Santiago, donde mereció otra cruz de San Fernando de primera clase; y teniendo ya cuatro, le fueron permutadas, según reglamento, por una de segunda clase de la misma orden. Ascendió á teniente coronel por el enlace de S. M. y quedó de reemplazo. En 1847 fué nombrado ayudante de campo del ministro de la Guerra, que lo era entonces D. Marcelino Oráa. Posteriormente volvió á Galicia con el general Mendez Vigo y se halló en la acción de Segundani y Aras, y en la de Valenza do Miño, en Portugal; por lo cual le fué dado el empleo de coronel, y después nombrado comendador de la orden de Cristo por la pacificación de Portugal. En 1848 estuvo en Cataluña encargado de la comandancia general del distrito de Berga, y durante el año 1849 permaneció en Cataluña donde batió á los montemolinistas muchas veces. En el mismo año le fué dado el empleo de brigadier de infantería y nombrado comendador de la real orden americana de Isabel la Católica. Obtuvo también la cruz de San Fernando de tercera clase por el mérito contraído en las acciones de Vidrá y San Quirce de Vesora. En 1852 fué nombrado comendador de número de Isabel la Católica; después recibió también la cruz de San Hermenegildo y la encomienda de la de Carlos III. En 1854 tomó parte en el alzamiento de junio, siendo después diputado de las Cortes Constituyentes y gobernador de la plaza de Madrid. En 1855 fué capitán general de Granada, y después de las Provincias Vascongadas. Nombrado en 1859 para la primera división del ejército expedicionario, ha tomado parte en las primeras acciones de la guerra, en donde se ha distinguido como siempre. Nuestros lectores saben que S. M. se dignó premiar sus servicios en el principio de esta guerra, y que en el día de hoy se encuentra con el grueso del ejército, pronto á entrar en campaña y á conquistar nuevos laureles.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el núm. 64).

Todo el mundo sabe que en Africa los mejores ginetes son los duars y los smales de la provincia de Orán; siempre han servido á la Francia con fidelidad, nunca desde el día de su sumisión se

han hecho culpables de la menor traición. Y bien, ¿cuántas veces no los hemos visto volver la espalda y huir vergonzosamente? Después del combate de Taguin, estos famosos ginetes, cargados de botín, fueron asaltados por merodeadores y todos huyeron. Su jefe, el valiente Mustafá-Ben-Ismaíl, siempre intrépido á pesar de sus ochenta años, se esforzó en vano para contenerlos; sus banderas fueron perdidas, la bala de un oscuro kabila le derribó del caballo, y algunos días después pudo contemplar Abd-el-Kader la cabeza y mano de su mortal enemigo. Centenares de ginetes habían huido delante de un puñado de hombres, abandonando su jefe y sus banderas.

En la toma de Smala teníamos más de 1,000 ginetes á la vista del enemigo, y no obstante, á la presencia del duque de Aumale antes de haber disparado un solo tiro, se apoderó tal espanto de ellos que en un momento todos desaparecieron. Un solo árabe permaneció en su puesto, Ameer-Ben-Ferat, Agá de Terriet-el-Haad.

Posteriormente, cuando el duque de Aumale emprendió la expedición de los Aurcs, llegó al territorio de los Uled-Sultan con un gum de más de 2,000 ginetes; de repente los vió no solamente fugarse y desaparecer, sino que no tardó en saber que habían saqueado su convoy. El gum estaba convencido de que seríamos deshechos y tomó sus precauciones empezando por saquearnos. Podría citar muchísimos casos de este género; pero me contentaré con mencionar uno que acaba de suceder muy recientemente en la Kabilia.

Un oficial muy bravo, el subteniente de zuevos de Beauprete, agregado á las oficinas árabes de Aumale, mandaba un gum de 600 caballos. Si-el-Djoudi y un cherif llamado Bon-Rif salieron á su encuentro; el oficial los atrajo al llano. Lleno de entusiasmo y de valor, se precipitó sobre ellos con unos veinte spahys; el gum siguió; el cherif fué muerto por un cabo de spahys al principio de la acción; su estandarte fué cogido, y los kabilas se dispersaron por todas partes.

Un hecho tan brillante le valió dos recompensas á la vez; fué ascendido á teniente y hecho caballero de la Legión de Honor; además una orden del día mostró al ejército su brillante conducta.

Enardecido por su éxito, Mr. de Beauprete, creyéndose seguro del gum, se encontró algunos días después frente á 150 ginetes: mandó cargar, pero el enemigo resistió: estos famosos gums de la vispera vuelven la espalda, le abandonan, y hubiera perecido infaliblemente sin la lealtad y valor de los mismos spahys, de los cuales nueve se hicieron matar á su lado.

Es preciso no lanzar nunca los gums sobre el enemigo sino cuando se le tiene á la vista, la distancia es corta y no hayan de rebasar á los cazadores y spahys. Sostenidos por estos y en la imposibilidad de volverse atrás, harán servicios que no se pueden esperar dejándolos entregados á sí mismos.

La experiencia ha demostrado demasiadas veces, que no estando organizados, libres de todo lazo de disciplina, sin la menor noción de táctica, su mole es embarazosa, su multitud se arremolina sobre sí misma, á los pocos instantes entra la confusión en sus filas, y de esto á una derrota completa no hay más que un paso.

Si se me arguye con que la mayoría de los spahys son árabes y salen del gum, y sin embargo son soldados buenos y valientes, que no se dejan arrastrar á los pánicos ni á los desórdenes, ni á las derrotas, en fin; contestaré que al día siguiente en que el árabe se engancha en nuestros escuadrones y se pone el albornoz rojo, no es ya el mismo hombre; en medio de nuestras filas, conducido por oficiales valientes, teniendo por sargentos y cabos á franceses ó correligionarios ascendidos, gracias á su bravura, este hombre, valiente por naturaleza, va intrépido al fuego; sabe muy bien, además, que una defección de su parte es imposible; ninguno de los suyos le perdonará haber llevado el albornoz encarnado; ginete del gum puede invocar siempre la necesidad ó decir que sirve contra su voluntad ó con ánimo de hacer traición; en un spahy puede ser también esto, pero es seguro que no se lo creerán.

Sería preciso escribir volúmenes si se quisiesen enumerar todas las faltas cometidas por los gums; repito, sin embargo, que pueden hacer servicios si se los sabe emplear; en lugar de sus gums de 1,500 ó 2,000 ginetes, tropa siempre confusa que dará tantas más espías al enemigo, cuantos más hombres cuente, debe tomar el comandante de columna algunos de entre los de cada tribu y escoger los más influyentes y los más ricos; desde entonces tendrá bajo su mano un centenar de ginetes que le podrán ser muy útiles.

OFICINAS ÁRABES.

Desde el día en que un pueblo conquistador planta su pabellón en una playa extranjera, y sobre todo, cuando sus costumbres, sus creencias y su idioma aparecen ser una barrera insuperable entre él y los indígenas, debe necesariamente buscar el medio mejor posible para establecer una unión amistosa con aquellos á quienes lleva nuevas leyes.

A los primeros tiempos de la conquista francesa se remonta la creación de las oficinas árabes; pero la dirección central solo llegó á establecerse á propuesta del mariscal Bugeaud, después de muchos ensayos y tanteos para constituir-la. Un decreto de 16 de agosto de 1841 fijó la organización definitiva, y el 1.º de febrero de 1844 quedaron establecidas en las tres divisiones.

Inmensos servicios ha prestado esta institución en los ocho años que lleva funcionando regularmente, y con razón se ha dicho que era el más poderoso agente de los conquistadores: de las oficinas árabes han salido la mayor parte de nuestros comandantes de subdivisiones y de círculos, y con el tiempo será de donde salgan la mayor parte de nuestros comandantes militares, entre los que me permitiré citar algunos bravos oficiales, tan inteligentes como bizarros, con la mayor parte de los cuales he hecho la guerra, admirándoles siempre en el desempeño de sus difíciles y á veces muy penosas funciones.

Al leer los boletines del ejército y las órdenes de nuestros generales, se hallan á cada instante nombres muy conocidos hoy por todo el mundo, los generales Daumas, Bosquet, de Barral; los coroneles de Martimprey, d'Allonville, Valsin-Esterhazy, Rivet, de Tourville, Durieu, Bazai-

né, Devaus; los comandantes Fournier, d'Argent, de Ligny, Ducrot, Bourbaki, Robert y otros varios oficiales jóvenes que prometen mucho y son el porvenir del país.

La importancia de los negocios aumentó de día en día, llegando á su apogeo en tiempo del mariscal Bugeaud, siendo jefe de la dirección central el coronel Daumas.

Hoy no existe esta dirección, pues mutilada su organización por un decreto de 9 de diciembre de 1848, se ha querido fraccionarla; en mi juicio y en el de todos los que conocen la Argelia, se ha cometido una gran falta al dar semejante paso.

Al suprimir la dirección central, se ha puesto la parte administrativa bajo las atribuciones de la secretaría general. No tengo que ocuparme de si esto se ha hecho con razón ó sin ella; pero se ha olvidado en tal medida la parte capital, á saber, la organización de una oficina política. Este vacío ha producido ya grandes desgracias, y si se quiere una prueba, citaré á Zaatcha; no hubiera sobrevenido tal acontecimiento si la dirección central hubiese existido.

Cuando el director tenía voz deliberativa en los consejos del gobierno, siendo responsable como jefe supremo, todo partía de un centro único, no quedando á los oficiales aislados mas que la responsabilidad material de la ejecución, sin que debieran hacer nada bajo la suya propia sino en los casos urgentes. Jóvenes y ardientes en general, no podían ceder á sus impulsos, á sus deseos siempre generosos, lo reconozco, de distinguirse; no eran sino los agentes de un jefe que reunía en sí toda la responsabilidad, lo cual le daba una fuerza inmensa, porque partía de un solo punto. Aquellos fueron los días brillantes de la política de las oficinas árabes: entonces prestaron sin duda alguna muy importantes servicios.

Por desgracia, y el hecho subsiste todavía, las oficinas árabes están compuestas de oficiales extraños á ellas de todo punto, aunque parecen fijos á un centro único: todas las armas están representadas en ellas. Los oficiales conservan puesto en sus diversos regimientos, y ¿qué sucede? ¿que el coronel no viéndolos, se cuida muy poco de saber si un oficial presta servicios, de que él no es testigo, ni puede, por consiguiente, ser juez: en las revistas de inspección no anota para el ascenso á un oficial destacado que nunca ha visto á la cabeza de su compañía ó escuadrón.

Por otra parte, el oficial que se encuentra en un puesto aislado, tropieza con la dificultad de hacer patente su servicio, escepto en casos raros, y sucede que un hombre dedicado á la lengua árabe, y á un trabajo mucho mas delicado y fatigoso que el de la vida de cuartel, se halla postergado á sus compañeros que han permanecido en el regimiento.

Los oficiales destinados á los negocios árabes deberían tener su ascenso asegurado independientemente de las propuestas hechas por los coroneles de sus cuerpos. Así sería mayor el estímulo, y no verían, como sucede con frecuencia, que los reclutas que permanecen en Francia llegan antes que ellos á los grados superiores.

(Se continuará).

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

EL VIDRIO.

Breves apuntes sobre su fabricación.

Pocas industrias ofrecerán mayor utilidad al hombre que la que se ocupa de la fabricación del vidrio, y ninguna tal vez al igual que ella solicita con mayor justicia el estudio elemental y maravilloso de sus multiplicados fenómenos, porque el vidrio es una de las materias que mayores beneficios procura á la sociedad, cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se examinen las utilidades que nos reporta. Gracias á los progresos científico-industriales, el vidrio, según distintas formas y variados aspectos, constituye un verdadero tesoro del cual no podemos prescindir: es constantemente un auxiliar poderoso así para el desenvolvimiento de las ciencias, como para la vida y el bienestar de todas las clases sociales. El valor de los objetos de vidrio se encuentra al alcance de todas las fortunas, y por esto se le ve intervenir en todos los actos de nuestra existencia, lo propio en el suntuoso palacio del magnate que en la reducida vivienda del proletario. En vista de esta necesidad, Dios se ha mostrado sumamente pródigo, dotando á todos los pueblos de las materias que exige su fabricación.

Al ocuparse de la industria del vidrio, llama la atención notar la lentitud de su desarrollo, porque seguramente pocas ofrecen, según queda consignado, aplicaciones mas útiles y variadas; sin embargo, aunque sea muy antiguo el descubrimiento del vidrio, que, según Plinio, se debe á los fenicios, es indudable que permaneció nula ó cuando menos estacionaria entre los griegos y los romanos. En tiempo de Plinio se establecieron fábricas de vidrio en las Galias y en España; en el siglo VII se introdujeron en Inglaterra, desde donde se propagaron á la Germania. En la edad media, Venecia debió parte de su celebridad á las fábricas de vidrio, y desde esta época datan igualmente las de Bohemia, que aun hoy conservan su justa y celebrada reputación. Pero los grandes y notables perfeccionamientos de la industria de que tratamos, solo pertenecen á época mas reciente y guardan estrecha relación con los progresos que han surgido en estos últimos siglos.

Cualquiera que sea la naturaleza del vidrio, la materia primera que lo constituye es casi idéntica: es un compuesto de sílice, de potasa, de sosa ó de cal, sustancias que se combinan por medio de una fusión prolongada, la cual ofrece una masa trasparente que no disuelven ni el agua ni los ácidos. Cuando quiere fabricarse el cristal, se añade á la arena y á la potasa mezcladas, cierta proporción de minio ó de óxido de plomo. Así, pues, el vidrio es un silicato, ó sea una sal compuesta de ácido silícico, teniendo por base un óxido cualquiera, y que guarda relación con la naturaleza de las materias primeras que se emplean, con los productos que deseen obtenerse y con los procedimientos que se practiquen. Hace pocos años que se ha efectuado una innovación bastante notable en la constitución química del vidrio, y que consiste en sustituir al plomo el

zinc, reemplazando el ácido bórico á una parte de la sílice, lo cual aumenta la dureza del vidrio, haciéndole mas refractario, propiedades preciosas para la fabricación de los vidrios ópticos.

Los productos de una fábrica de vidrio pueden clasificarse según tres tipos bien distintos y de todos conocidos: el vidrio ordinario ó de color, con el que se fabrican las botellas comunes, y que se obtiene de arenas ferruginosas, de cenizas ó sosas brutas, de arcilla amarilla y de restos de botellas. Los vidrios blancos y planos que cubren los marcos de los balcones ó ventanas que permiten el paso de la luz preservándonos de la inclemencia del tiempo, y con los cuales se construyen los espejos: estos vidrios se obtienen con arenas blancas, sal de sosa ó sulfato de sosa, restos de vidrio blanco y algunas dosis de cal y de óxido de manganeso. Finalmente, el cristal es el tercero de los tipos á los cuales nos hemos referido, siendo un compuesto de arena, potasa y plomo.

Pasemos á describir brevemente, ó mejor dicho, á dar una idea general de los procedimientos que se emplean para fabricar los diferentes productos á los cuales nos hemos referido en el párrafo anterior. Las materias destinadas á la obtención de botellas comunes, se funden unidas en vastos crisoles, de los cuales, un obrero por medio de un tubo de hierro, extrae cierta cantidad, pasando despues aquel á otro operario, que principia por sopiar el tubo, comunicándole un movimiento continuo de rotación. Cuando la masa de vidrio henchida por el viento ha aceptado una forma conveniente, con una ligereza admirable, y valiéndose de un molde, termina aquella y forma en seguida el fondo y el cuello de la botella, que pasa desde luego á recocerse en un horno, efectuando todos estos procedimientos en menos tiempo quizás del que hemos tardado en dar de ellos una sucinta idea.

Al entrar en los talleres que se ocupan de la fabricación de los vidrios planos, llama desde luego la atención de los profanos, el enorme tamaño de ladrillos que constituye los hornos, y cuya combustión intensa daña la vista al observarse por ciertos orificios que sirven al obrero para extraer las materias que se mantienen en fusión. Una vez encendido el horno, no deja de continuar ardiendo, y su campaña se prolonga sin interrupción alguna dos y algunas veces tres años; no debe sorprendernos, pues, que brillen los crisoles circulares que contiene el horno, y la bóveda y las paredes de este con ese color blanco que le presta el fuego y que se ha comparado al que ostenta el sol en un día despejado de verano. Junto á ese hogar intenso, llenos de sudor y solo cubiertos por un largo camison, se ven los operarios que se ocupan de la fabricación de los vidrios planos, principiendo por extraer la materia fundida de los crisoles por medio del tubo de que ya nos hemos ocupado, y al través de los orificios del horno á los cuales nos referíamos últimamente. Cargado el tubo de una manera adecuada pasa á manos del soplador, y al inyectar este el aire va aumentando de dimensiones la bola que se origina, vistiendo variados matices, tal como se nota en las esferas de agua jabonosa que forman los niños soplando un trozo de junco impregnado por uno de sus extremos de aquel liquido. Al mismo tiempo comunica el operario un movi-

miento oscilatorio, desde la altura en la cual se encuentra colocado, al globo elástico que sustenta el tubo, no sin imprimirle al mismo tiempo ciertos movimientos de ascenso y descenso, merced á los cuales se estira visiblemente el cilindro á proporcion que se enfria. Llegado este momento, introduce el soplador el extremo del cilindro en el horno, tapando el orificio superior del tubo, y el aire contenido en aquel, al dilatarse rompe dicho extremo desprendiéndose del tubo. Para romper el cilindro, segun su longitud, traza el obrero con una gota de agua una línea, recorriendo la generatriz de aquel, y al pasar en seguida un hierro enrojado sobre dicha línea, surge una hendidura vertical al contacto del hierro. En tal estado, el cilindro se situa en un horno, y cuando el calórico le ha penetrado convenientemente y se han ablandado sus paredes, se retira del horno, y con una madera que resbala rápidamente sobre el vidrio, se estiende el cilindro segun una superficie plana, situándose nuevamente en el horno para que se vaya enfriando con lentitud.

En los talleres en los cuales se fabrica el cristal, se notan otros útiles, tales como moldes, tijeras, compases, pinzas, etc. Se extraen igualmente de los crisoles las materias en fusion por medio del tubo ó caña hueca de que ya hemos hablado repetidas veces, soplando por su extremo superior cuando el otro se ha introducido en el interior de un molde metálico, del cual aparece en breves instantes la sustancia que hervia en el crisol en forma de vaso, de botella ó de otro cualquiera de esos objetos de diversas formas y variados adornos, que constituyen ricas y espléndidas bajillas. Otras veces, sin necesidad del molde, y gracias á las pinzas y á los demás útiles, confeccionan los obreros, como el alfarero con su torno, y guiados por una habilidad extraordinaria, objetos tan sorprendentes como bellos.

Pasemos á ocuparnos, por último, de la elaboracion de los vidrios que se destinan para la fabricacion de los espejos, la cual exige una habilidad consumada, al propio tiempo que una rápida ejecucion. El espectáculo de que tratamos es sorprendente: en los crisoles dispuestos en un horno de inmensas proporciones, permanece en fusion el vidrio durante diez y seis horas, á fin de que se purifique, trasvasándose despues á otros receptáculos mayores en los cuales para afinarse permanece igual número de horas. Un carro que sustenta una mesa metálica se aproxima á la puerta del horno, y por medio de operaciones efectuadas con un órden, regularidad y silencio admirables, se vierte sobre aquella la materia en fusion, la cual se estiende en toda su longitud, segun un espesor igual, por medio de un rodillo metálico y cuya distancia de la mesa determina el espesor del espejo. En seguida se introduce el carro en un segundo horno cuya longitud es de diez metros, á fin de que se vaya enfriando lentamente el vidrio obtenido, y al conseguirse este resultado, se escuadrea y pulimenta, faltando únicamente para fabricar el espejo, aplicar sobre una de las caras del vidrio una hoja de estaño, sobre la cual se ha estendido una capa de azogue.

En la esposicion universal de 1855 en Paris, la fabrica de Saint-Gobin, en Francia, y la de Saint-Marie-d'Oignies, en Bélgica, espusieron espejos

que por sus dimensiones colosales y por su notable transparencia, sorprendieron justamente á todo el mundo.

Tales son los medios á que han recurrido la ciencia y la industria para crear la fabricacion del vidrio, cuya importancia puede medirse por la diversidad de objetos que nos procura, por la aplicacion á que estos se prestan, y por los goces artísticos y materiales que nos ofrece. Por desgracia es de las que mas funestamente actúan sobre la salud de los operarios que toman parte en sus faenas. Para comprender este resultado, basta tan solo considerar que los obreros en las fábricas de vidrio, se hallan continuamente espuestos durante su trabajo, á la accion de una temperatura irresistible, y que hoy no existe medio alguno para librarles de aquella accion que los consume y que acorta extraordinariamente su vida.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

En una circular dirigida á los representantes de la Cerdeña en el extranjero, el conde de Cavour llama la atencion sobre la circular de Bismingen á las delegaciones austriacas en Venecia, la cual somete al servicio forzoso, en las compañías disciplinarias, á todo individuo que por sus antecedentes ó por su conducta, aparezca dispuesto á suscitar dificultades al gobierno austriaco. El conde de Cavour cree que, por la elasticidad de las palabras, todos los habitantes de Venecia pueden ser comprendidos en tan rigurosa medida, la cual sustituye la jurisdiccion militar á los tribunales ordinarios.

El gobierno inglés ha presentado en la cámara los documentos relativos á la anexion de la Saboya. Lord Jhon Russell dijo que la «Inglaterra no consentirá esta anexion, sin el concurso de las grandes potencias;» y contestó á sir Roberto Peel, censurando el lenguaje de este respecto de Napoleon, á quien habia acusado de querer apoderarse de la Saboya, sin importársele nada de las potencias, y sin tener en cuenta las concesiones político-comerciales que la Inglaterra le ha hecho.

El *Ost-Deutsche-Post*, periódico austriaco, aprueba el discurso pronunciado por Luis Napoleon al abrir las sesiones del cuerpo legislativo.

El conde de Cavour, contestando al despacho de Mr. Thouvenel, ha manifestado que las cuestiones pendientes están sometidas á las poblaciones interesadas, que son las que han de decidir las. Si la Toscana vota (dice el espresado conde) su propia autonomia, la Cerdeña contribuirá franca y lealmente á vencer los obstáculos que se opongan á esta resolucion; pero si vota la anexion, no podrá rechazar esta idea. El establecimiento de un vicariato en las Legaciones, como que implicaria la ingerencia directa de la córte romana en la administracion interior, encontraria absoluta resistencia en dichas poblaciones, y la autoridad pontificia quedaria allí mas conculcada, en sentir del primer ministro del Piemonte, que con una separacion absoluta.

El conde cree que la Francia conseguiria su objeto, llevándose á cabo la anexion, bajo re-

serva espresa, por parte del rey, de reconocer la alta soberania del papa, comprometiéndose á ayudar hasta con la fuerza armada á mantener su independenciam, con tal de que la córte de Roma se obligue á mantener ciertos gastos. Igualmente manifiesta el ministro sardo que reserva para otro despacho la contestacion á las demás cuestiones que no se refieren directamente á la Italia Central.

En Niza han vuelto á reproducirse las manifestaciones en los teatros. En el Italiano ha hecho una el partido piemontés, al paso que en el Francés, al ejecutarse una cantata á Napoleon, gritó el público: ¡Viva la anexion á la Francia!

El *Morning-Herald*, periódico tory, anuncia, diciendo estar bien informado, que Mr. Thouvenel ha presentado su dimision al emperador, y que, si es aceptada, volverá Walewski con el programa de Villafranca. A pesar de las seguridades del citado periódico, esta noticia es demasiado grave para que se le pueda dar crédito sin ulterior confirmacion.

En las cámaras inglesas Mr. Kinglake ha presentado un proyecto de mensaje, dando las gracias á la reina por la publicacion de los documentos relativos á la anexion de Saboya á la Francia y espresando el deseo de que S. M. invite á las grandes potencias á que se unan á la Inglaterra para impedir los proyectos anexionistas que pueden escitar la desconfianza de Europa.

El conde Aresse ha llegado á Turin. El clero milanés ha nombrado una comision para dar subsidios á la emigracion. Buoncompagni declara por carta al gobernador de la Italia Central, que ha cesado en sus funciones de gobernador general, á consecuencia de la convocacion de concilios; esperábasele en Turin. Cavour ha pasado una circular á las legaciones sardas en las grandes potencias, quejándose de que la policia de Mantua estiende sus medidas de precaucion y rigor á las personas á quienes comprende la amnistia de Zurich, y reclama contra tal proceder.

Un decreto del emperador de Austria se ocupa de dar estension al Consejo del Imperio, que deberá ser convocado periódicamente; pero sus facultades son limitadísimas, pues dicho cuerpo no tendrá siquiera la iniciativa de las leyes.

Escriben de Turin que las probabilidades de una próxima guerra crecen de dia en dia; que no solamente en dicha capital se preparan para ella, sino que tambien se hacen extraordinarios aprestos en Viena, donde se dice que son consecuencia de los de Cerdeña, mientras que en este pais se hace entender que se previen en porque se preparan en Austria.

Esto se manifiesta á consecuencia de una comunicacion recibida en Turin, de Venecia, anunciando que todos los dias llegan buques de vapor cargados de material de guerra de todas clases, y en cantidades enormes, el cual, como tambien las municiones, es rápidamente trasladado á Pádua, centro, segun se dice, de las operaciones estratégicas y depósito de provisiones de boca y guerra.

En Florencia se ha publicado un decreto anulando los anteriores que pudieran tender á modificar ó coartar la libertad de imprenta en materias políticas.

Dias pasados ha estado la tropa sobre las armas en Nápoles, y se han hecho prisiones de

personas importantes. Hablábase además de destierros de personas distinguidas. Las cartas de Sicilia anuncian que un magistrado ha sido asesinado, y que se ha lanzado una bomba contra el director general de policía.

Reinaba estos días gran agitación en los Estados del papa, y en varios pueblos salían procesiones con banderas tricolores. Los liberales en dicho país, se abstienen de fumar y de jugar á la lotería, para quitar recursos al gobierno.

En la Italia Central continúan los armamentos con pasmosa actividad. Fanti y Cialdini han estado estos últimos días en Bolonia, y ahora están en Módena. Ya están terminadas las fortificaciones de la primera de estas dos ciudades; la artillería recibe cañones rayados, y no será extraño que una vez votada la anexión, se confundan las tropas sardas, toscanas y romañolas, y tome el mando de este cuarto cuerpo de ejército de cuarenta mil hombres, el general Cialdini.

Dice el *Times* que, á pesar de las protestas de la Inglaterra, la Francia obrará respecto de la Saboya como mejor la convenga, y añade «que no es honroso para una gran nación como la Inglaterra, hablar tanto y obrar tan poco.» Cree que Francia se preocupa muy poco de los elogios ó de las censuras de la Gran Bretaña, respecto á la Saboya.

Se burla de las mociones de Mr. Kinglake, y concluye manifestando que «si la Francia avanza hácia el Rhin, esto afecta á los alemanes y no á los ingleses, los cuales harían mal en provocar por la Saboya una guerra en que perecería mayor número de soldados que el que hay de saboyanos.»

Está visto que la resignación evangélica de la Inglaterra, es decir, el miedo que tiene á la Francia, no puede rayar mas alto. ¡Cuánta humildad!.....

Segun la *Agencia Ruler* de Lóndres, el emperador Napoleon invitará á las grandes potencias á reunirse en conferencia para esponer los motivos de la anexión de la Saboya, bajo la reserva de la aprobación de los pueblos en dicha provincia, y con la salvaguardia de los intereses de la Confederación Helvética.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—El miércoles 7 del actual fué conducido con las formalidades que la etiqueta de la Casa real previene, el trage que S. M. la reina usó el día de los Santos Reyes á poder del señor duque de Hijar, que como conde de Rivadeo disfruta de este privilegio. En nuestro número de hoy hallarán nuestros lectores un grabado que representa el acto de la entrega del mencionado trage.

—Para la dirección de los estudios y trabajos meteorológicos que han de verificarse á fin de conocer los diferentes elementos climatológicos de nuestro suelo, y de conformidad á lo que previene la ley de Estadística, se crean por real decreto que inserta el periódico oficial, veintidos estaciones de observación. Estos establecimientos irán planteándose gradualmente y por el orden que conviniere, en Albacete, Alicante, Almadén, Badajoz, Barcelona, Bilbao, Búrgos, Ciudad-

Real, Cuenca, Granada, Huesca, Murcia, Oviedo, Palma de Mallorca, Riotinto, Salamanca, Santiago, Soria, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza: los observatorios de Madrid y San Fernando y la escuela de Ingenieros de Montes concurrirán también con sus observaciones meteorológicas en la misma forma que las estaciones de nueva creación.

Las observaciones consistirán por ahora en el conocimiento de la temperatura, presión atmosférica y estado higrométrico del aire, dirección y fuerza de los vientos, lluvia y algunos otros meteoros fáciles de anotar y que ofrezcan interés.

Bajo la dirección de la comisión general de Estadística, se encargarán generalmente de estos estudios los catedráticos de física de las Universidades é Institutos, con un ayudante donde le hubiere; y en Almadén y Riotinto un ingeniero de minas, percibiendo la indemnización anual de 2,000 rs. los primeros y 1,000 sus ayudantes ó auxiliares.

—Las cantidades puestas á disposición del gobierno por la tesorería de la provincia de Cáceres en los catorce meses comprendidos desde enero de 1859 á febrero último, ascienden á 14.968,000 rs.

—El ayuntamiento de Santander ha nombrado una comisión de su seno para que disponga la creación de una compañía de bomberos, organizada segun los adelantos que hoy se conocen en tan importante ramo.

—El gobierno ha resuelto ya el expediente promovido por los consumidores particulares de gas de Barcelona. Una real orden, que todavía no se ha publicado, obliga al ayuntamiento á comprar el material de la fábrica existente y á subastar en una época muy próxima el acuerdo de esta fábrica durante diez años, mediante el 5 por 100 de los productos brutos del gas vendido á los particulares, no debiendo exceder el precio del gas de 60 céntimos de real el metro cúbico para el alumbrado público y de 636 milésimos para el alumbrado particular. Además el gobierno reserva el derecho de permitir la colocación en las calles de Barcelona, de nuevas cañerías para otras empresas si juzgase útil la creación de nuevas fábricas.

—Las capturas de delincuentes verificadas en el año último por la Guardia Civil, alcaldes y demás encargados del ramo de vigilancia, en todos los distritos de la Península, ascendieron á 47,411, además de 307 prisiones hechas por los fusileros de la provincia de Valencia. En las islas Canarias no se hizo aprehensión ninguna. La clasificación de todos estos delincuentes es la que á continuación se espresa: 126 por infidencia; asesinato, 9; infanticidio, 10; heridas, 3,836; abortos voluntarios, 8; estupro, 69; sodomía, 5; robo, 5,027; falsificación de moneda, 9; idem de documentos públicos, 52; hurto, 2,184; ratería, 699; contrabando, 264; estafa, 383; quimeras, 3,239; juegos prohibidos, 2,588; vagancia, 2,239; embriaguez, 2,622; escándalos, 5,532; prostitución, 1,667; desertores del ejército, 619; fugados de presidio, 185; prófugos, 580; escapados de las cárceles, 377; encubridores de delitos, 205; armas prohibidas, 2,096, y por otras faltas diversas menos graves, 11,346.

—De los 50,000 hombres señalados como cupo

general en la última quinta, han entrado en caja, segun un periódico, 34,879, redimiendo su suerte 6,314, y siendo bajas por otros conceptos 2,624; de modo que aun faltan para el completo 6,183 que deberán ingresar muy en breve.

—La sociedad económica de Valencia trata de celebrar este año una exposición general de agricultura, industria y bellas artes.

—Parece que, como base de los trabajos que se han emprendido para la medición del territorio peninsular, se han pedido á los gobiernos de las provincias y á los ministerios, todos los planos parcelarios que existan en los archivos generales, provinciales y municipales.

—Para la habilitación de dos nuevas cátedras de farmacia se han concedido 43,000 rs. á la universidad de Santiago.

—En las obras de la puerta del Sol se han invertido durante el mes de febrero 12,582 rs. 50 cs. para los trabajos facultativos, y 6.953,60 en la sección administrativa, lo que da un total de 19.535,64.

—El año último se vendieron en la provincia de Madrid 24,024 libras y 3 ¹/₄ onzas de tabaco picado, 27,689 cigarros habanos y 586,243 cajetillas de cigarrillos, mas que el año de 1858, produciendo un aumento al Tesoro de 1.044,439 rs. y 6 cs.

—El día 3 comenzaron ya en Valencia los trabajos para colocar la vía férrea que debe estenderse desde el Puig al muelle del puerto del Grao, con el fin de facilitar el transporte de la piedra destinada á las obras del mismo. Los trabajos de esplanación comenzaron por el Cabañal, y el mismo día quedó esplanado un kilómetro de terreno.

—La recaudación efectuada durante el mes de enero ha importado 116.318,646,49 rs. ó sean 1.583,647,56 mas que en el propio mes del año anterior. Los pagos hechos en el mismo tiempo por el Tesoro público ascienden á 153.057.958,93 entre el presupuesto ordinario y extraordinario, de cuya cantidad pertenecen al del año 1859 94.459,916,93.

RÓMULO.

CRÍTICA TEATRAL

TEATRO DE JOVELLANOS.—EL PRESTIDIGITADOR MR. HERRMANN.—TEATRO REAL.—TERCER CONCIERTO SACRO.—TEATRO FRANCÉS.—LE PEKE PRODIGUE, comedia en cinco actos de Alejandro Dumas (hijo).—La troupe de la calle de la Magdalena.

Corto será el espacio que ocupemos hoy en esta sección de la LECTURA. Nuestros teatros de verso no nos han ofrecido ninguna novedad, habiendo continuado en el Circo las representaciones de *El mal apóstol y el buen ladrón*, y en el Príncipe *Isabel la Católica*. En este último coliseo se ha puesto en escena últimamente *La Escuela de las Coquetas*, en cuya linda comedia brilló tanto en sus buenos tiempos la eminente actriz Matilde Diez. Hoy, sin embargo, la decadencia de esta actriz empieza á notarse, á pesar de sus buenos deseos y de las facultades de que puede aun disponer. Tal vez consista esto en que el cuadro de actores del teatro del Príncipe, poco á

propósito para el drama, empezando por Catalina, que solo es un buen galán joven, no es el mejor acondicionado para el género dramático. De todos modos, y aun cuando la eminente Matilde estuviera aun en todo el lleno de sus facultadas, cosa que estamos muy lejos de admitir, creemos con un colega nuestro, que la falta un primer actor que comparta con ella el trabajo, á no ser que se limiten únicamente á la ligera comedia de costumbres. Pero dejando á un lado estas reflexiones que incidentalmente se nos han ocurrido al ocuparnos del teatro del Príncipe, pasemos á hablar de las únicas novedades de la semana anterior.

Mr. Herrmann, el célebre prestidigitador, es el único que ha tenido y tiene en la actualidad el privilegio de encadenar al público en el afortunado teatro de la calle de Jovellanos. Mr. Herrmann, dice uno de nuestros colegas al ocuparse de este hombre extraordinario, no es únicamente un habilísimo prestidigitador, es también un magnetizador distinguido. El viernes de la semana última, víspera de la función que debía dar en el régio alcázar, fué allí con objeto de comenzar sus preparativos; y en uno de los salones encontró al augusto esposo de nuestra reina. Dirigióle la palabra S. M., y pronto comenzó entre los dos una conversacion viva y animada.

—En lo que yo no creo, dijo el rey, es en el magnetismo.

—Pues si V. M. me lo permitiese, yo le vencería ahora mismo de que existe.

—¿De qué modo?

—Magnetizando á V. M.

—Pues bien, lo permito. Comencemos.

—Antes es menester que V. M. me diga de qué lado quiere caer sobre ese sillón.

—Yo no quiero caer de ninguno.

—Eso significa que V. M. lo deja á mi elección.

Pocos momentos despues el rey, completamente magnetizado, caía sobre el sitio que tenía detrás.

La noche que Mr. Herrmann trabajó en el real palacio, hizo, entre otras muchas suertes, la de entregar á la reina quince Napoleones, que sin salir de sus manos se aumentaron hasta el número de veinte. S. M., que celebró mucho este juego, volviéndose hácia el ministro de Hacienda, á quien tenía á su lado, le dijo alegremente:

—Salaverria, tú que ahora necesitas tanto dinero para la guerra de Africa, deberías hacer que Herrmann te enseñase este medio de aumentar el que tenemos.

—Señora, repuso el prestidigitador inclinándose, en esto como en todo estoy á las órdenes de V. M.

Cuando Mr. Herrmann haya dado en Madrid cierto número de funciones, que hasta ahora parece incierto, visto el inmenso resultado que producen las del teatro de la Zarzuela, recorrerá las principales provincias de España y despues la isla de Cuba.

Pero al abandonar definitivamente nuestro país, en él como en los otros que ha visitado, quedarán dos cosas imperecederas: la memoria de su rara habilidad, y la de los socorros que prodiga á los pobres y á los desgraciados.

En el Régio coliseo se ha celebrado el tercer concierto sacro, en el que se han vuelto á repetir

con el mismo éxito que en los anteriores, las piezas religiosas que componen el magnífico *Stabat Mater* de Rossini, habiendo sido en extremo aplaudido el duo de tiple y contralto, *Quis est homo*, que fué cantado admirablemente por la Fioretti y la Trebelli. También fué oído con gusto el andante instrumental del maestro Espin y Guillen, cuya *meditacion* obtuvo al final algunos aplausos.

En el teatro Francés se puso por primera vez en escena, como dijimos en nuestro número anterior, la lindísima comedia de costumbres, de Alejandro Dumas (hijo), en cinco actos y en prosa, titulada *Le père prodigue*. Esta obra, que á vuelta de grandes defectos contiene grandes bellezas, ha obtenido en nuestro modesto teatro Francés el mismo éxito brillante que á su estreno obtuvo en París en el *Gimnasio dramático*. Su objeto es presentar la sociedad francesa, tal como hoy existe, con sus defectos, su desmoralización y sus costumbres á la verdad poco ortodoxas. Es un retrato fotográfico de esa sociedad, y aunque sus colores son demasiado vivos, y á veces inconvenientes, pone de manifiesto muchos de los vicios profundos de su organización social. Por lo mismo creemos que es intraducible, á no ser que al verterla á nuestro idioma se deje la acción de la fábula en París, respetando el original, puesto que su asunto no es otra cosa que un retrato, *d'après nature*, de la sociedad francesa.

El éxito de esta comedia ha sido en extremo satisfactorio, habiéndose esmerado en su desempeño los principales actores que en ella han tomado parte. Mme. de Nerval desempeñó á ravir el papel de Albertina, una de esas desgraciadas loretas que solo rinden culto al becerro de oro; MM. André y Collin, encargados de los papeles del conde y vizconde de la Rivonniere, estuvieron muy felices, arrancando abundantes lágrimas y muchos aplausos; Mlle. Brunel hizo una niña simpática y linda, y por último, Mme. Lagier y MM. Lecart, Lespinase y Monet contribuyeron eficazmente al *ensemble*, habiendo obtenido el honor de ser llamados al proscenio á la conclusion de la comedia por el inteligente y numeroso público que llenaba todas las localidades. Creemos que esta comedia será una de las que mas llamen la atención en la actual temporada, proporcionando no solo grandes entradas al lindo coliseo de la calle de la Magdalena, sino también gran cosecha de aplausos á los inteligentes actores que en ella toman parte.

Continúe Mr. Couturier ofreciendo al inteligente público que dicho teatro frecuenta novedades por este estilo, y no tema que este pague con desden su actividad y buena dirección.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

OEuvres de Schiller, traduites par Mr. Ad. REGNIER de l'Institut. — *Poessies et Théâtre*. 4 vol. in-8°; L. Hachette.

La solemnidad con que vale decir que toda Europa ha celebrado el centésimo aniversario del nacimiento de Schiller, presta singular oportunidad á esta nueva traducción de las obras del poeta

aleman. Con razón se mira á Schiller como al mas fiel representante de la Alemania, de su espíritu, de sus instintos y aspiraciones. A tal título bastarian ya sus producciones para inspirarnos el mas vivo interés, á no ser Schiller uno de esos grandes genios, que, como Goethe, Shakspeare y Moliere, son ante todo cosmopolitas, y se deben al mundo antes de deberse á su país, y, si la misma influencia francesa no debiera, por otra parte, considerarse de algun peso en las opiniones y destinos del autor de la *Doncella de Orleans*, tragedia que no ha sabido hacer la Francia. La traducción de M. Regnier, recomendada ya por el nombre del autor, alcanza el fin á que debe aspirarse en tales casos: flexible, elegante, fiel, puede proponerse como modelo en una época, en que las varias literaturas se compenetrán recíprocamente, y en que las obras maestras de los escritores estranjeros debe hacerse cada vez mas familiares. A esta traducción precede un extenso y docto estudio acerca de la vida de Schiller cuya continuación compuesta de obras menos difundidas, así en Francia como en nuestro país, no puede menos de esperarse con impaciencia.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Almanach homœopathique, ou annuaire général de la doctrine hahnemannienne, par MM. CATELLAN, frères, pharmaciens homœopathes à Paris, auteurs (avec le docteur Jahr) de la Pharmacopée et de l'Agenda médical homœopathiques. Paris, 1860. Un vol. in-12, 15 rs.

Cet ouvrage comprend: 1° un exposé comparatif des principes et les moyens de l'homœopathie et de l'allopathie; 2° une série d'arguments et de faits qui démontrent la supériorité de la nouvelle doctrine, et constituent des documents à l'usage de ceux qui désirent la propager et la défendre; 3° la liste générale des médecins et pharmaciens homœopathes de la France et de l'étranger, ainsi que l'indication des sociétés et des journaux qui ont pour but le développement ou l'étude de la réforme hahnemannienne; 4° un coup d'œil sur la marche de l'homœopathie dans les diverses contrées du globe, et la statistique des hôpitaux dispensaires et autres établissements dans lesquels cette médecine est pratiquée.

Annuaire pour l'an 1860, publié par le Bureau des longitudes. Paris, Un vol. in-18, 5 rs.

Rienzi, le dernier des tribuns de Rome, par sir Edward Bulwer LYTTON; roman anglais, traduit avec l'autorisation de l'auteur, sous la direction de P. LORAIN. Paris, 1859. 2 vol. in-12, 20 rs.

Le moment du bonheur, par F. HACKLANDER; roman allemand, traduit avec l'autorisation de l'auteur, par A. MATERNE. Paris, 1860. Un vol. in-12, 10 rs.

Chronique de la guerre d'Italie, par Edmond TEXIER. Paris, 1859. Un vol. in-12, 14 rs.

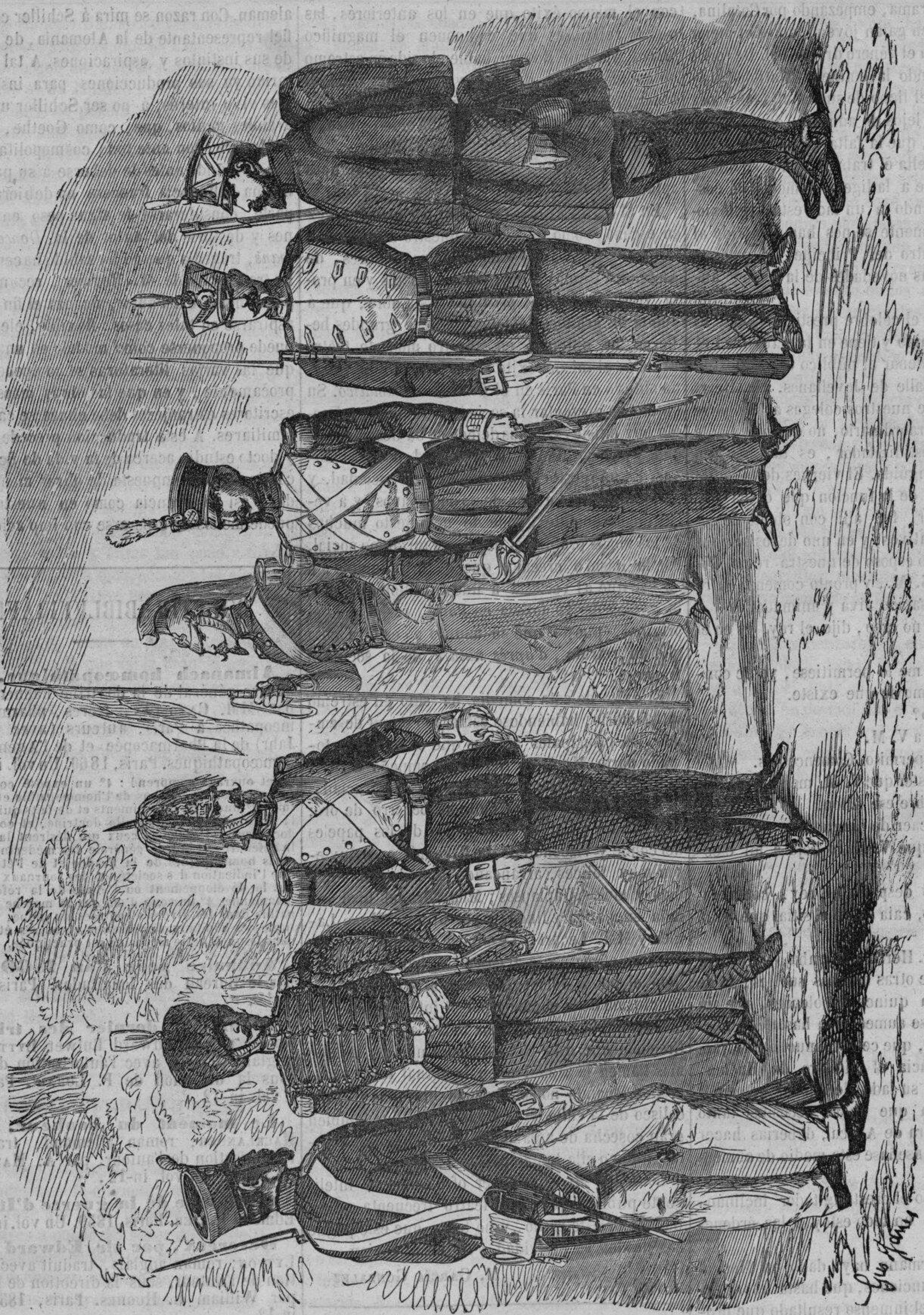
Devereux, par sir Edward Bulwer LYTTON; roman anglais, traduit avec l'autorisation de l'auteur, sous la direction de P. LORAIN, par William L. HUGHES. Paris, 1859. Un vol. in-12, 10 rs.

OEuvres complètes de Racine. Paris, 1859. 2 vol. in-12, 20 rs.

Cours de géographie comprenant la description physique et politique, et la géographie historique des diverses contrées du globe, par E. CORTAMBERT; ouvrage autorisé par le conseil de l'instruction. Paris, 1859. Un vol. in-12, 15 rs.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière, — editor responsable y propietario. —

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Artillero de marina.

Húsar.

Ingeniero.

Lancero.

Artillero.

Soldado de línea.

Cazador de inf., traje de campaña.

Uniformes del ejército español.

SUMARIO. Advertencia, pág. 177.—El Rey de las tinieblas, por Gustave Aimard, pág. 177.—Guillermo, por D. Antonio Marco y D. Martin Petrea, pág. 181.—Curso familiar de literatura, por Lamartine, pág. 183.—Historia ilustrada de la Guerra de Africa, pág. 184.—De la Guerra en Africa, por el general Yusuf, pág. 187.—Sección científica, pág. 188.—Crónica extranjera, pág. 189.—Crónica española, pág. 190.—Crítica teatral, pag. 190.—Bibliografía extranjera, pág. 191.—Boletín bibliográfico, pág. 191.

Advertencia importante. — La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión a las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente a la repartición del número, y en Provincias a los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID: 1860.—Imp. de Bailly-Bailliere.